

Revista de **FOLKLORE**

Nº 185



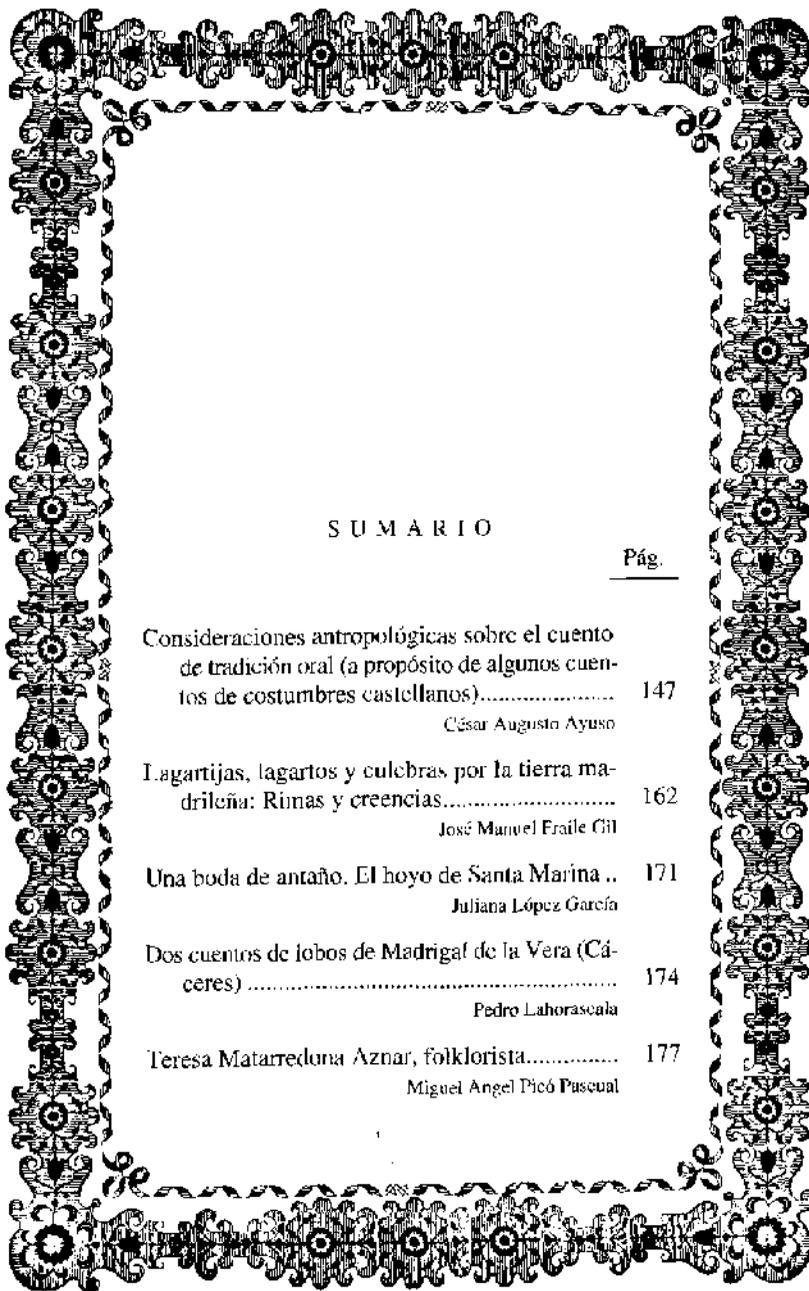
Castañas calentitas

César Augusto Ayuso ■ José Manuel Fraile Gil
Pedro Lahorasca ■ Juliana López García
Miguel Angel Picó Pascual

Editorial

El mundo de los pequeños animales siempre ha llamado la atención del ser humano, sobre todo del que veía su existencia marcada por una relación directa con la naturaleza de la que ambos dependían. Las fábulas antiguas demuestran un interés de la literatura culta por tan diminutas existencias, creando de sus costumbres y de su comportamiento una fuente inagotable de símiles con el proceder humano. Así, insectos y toda una larga lista de pequeños seres servían de ejemplo al individuo que, de la observación atenta de sus hábitos, extraía una moraleja con fines didácticos o una enseñanza de carácter ético. El ámbito de lo popular tampoco ha sido ajeno al fenómeno, escribiéndose mitos, leyendas y cuentos a través de los cuales los más ancianos podían mostrar a los más jóvenes secretos del universo en que vivían. A veces, características o peculiaridades atribuidas equivocadamente a esos seres menudos singularizaban su relación con el hombre quien era capaz de sacar de una simple conducta todo un cúmulo de símbolos y alegorías, cuando no una veneración o un temor, infundado o no, sobre su presunta agresividad.





S U M A R I O

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| Consideraciones antropológicas sobre el cuento de tradición oral (a propósito de algunos cuentos de costumbres castellanos)..... | 147 |
| César Augusto Ayuso | |
| Lagartijas, lagartos y culebras por la tierra madrileña: Rimas y creencias..... | 162 |
| José Manuel Fraile Gil | |
| Una boda de antaño. El hoyo de Santa Marina .. | 171 |
| Juliana López García | |
| Dos cuentos de lobos de Madrigal de la Vera (Cáceres) | 174 |
| Pedro Lahorascala | |
| Teresa Matarredona Aznar, folklorista..... | 177 |
| Miguel Ángel Picó Pascual | |

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1996.

DIRIGE la revista de Folklore, Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1610.

IMPRIME: Gráficas Turquesa. - C/ Turquesa. Parc. 254-B, Pol. I. S. Cristóbal - VA-1996.

Consideraciones antropológicas sobre el cuento de tradición oral (a propósito de algunos cuentos de costumbres castellanos)

César Augusto Ayuso

Generalmente, cuando el folklorista o el etnólogo se interesan por el cuento popular, su labor se centra casi exclusivamente en la recopilación de los mismos de boca de quienes los guardan en su memoria y en la zona de pervivencia, para a continuación buscarles su sitio dentro de los índices universales de catalogación. También el filólogo y el teórico de la literatura han tratado de definirlos desde el punto de vista de sus estructuras y funciones, a fin de establecer los límites genéricos. Acaso, desde el punto de vista más puramente antropológico de la pragmática social, no se le haya dedicado la misma atención. Tiempo atrás, en esta misma revista recogimos más de una veintena de cuentos de costumbres procedentes de la tradición familiar de un pequeño pueblo castellano e intentamos descifrar en ellos algunos de los valores sociales de la comunidad en que se transmitieron y de los estereotipos que los ponían a prueba y que la comunidad elegía como cabeza de turco para hacerles objeto de su chanza (1). Ahora, al transcribir otros tantos cuentecillos de la misma fuente, queremos tener en cuenta nuevos aspectos del componente pragmático de su transmisión dentro del sistema semiótico cultural al que pertenecen.

ETNOLOGIA DE LA NARRACION ORAL

Se lamenta Peter Burke de lo difícil que resulta para el historiador acceder a la cultura popular en la medida que ésta se transmite en la casa, y cita, como ejemplo, el caso de los cuentos tradicionales (2). Como aquella primera tanda a la que se aludió, esta segunda tanda de cuentos que ahora se aportan proceden de los mismos informantes: las hermanas Domiciana y Paula Collantes Callejo —85 y 76 años— de Bolaños de Campos (Valladolid), que los conservan como tradición familiar (3). El escenario, el momento, el narrador, el auditorio, el ambiente que en torno a la narración de los cuentos se crea, importan, cómo no, y no sólo el *corpus* textual en sí, a la hora de encajar esta actividad en la cultura de su época.

Walter Benjamin apuntó ya en un artículo memorable que el antiguo arte de narrar era propio de la cultura oral, predominante en la sociedad tradicional, premoderna y preindustrial. Al desaparecer este tipo de sociedad la narración desaparece, pues tenía mucho de "artesanía", de artesanía do-

méstica que toca a su fin con la omnipresencia de la industria y el comercio (4). No es casual que el padre, en este caso la persona de mayor edad y autoridad de la casa, asumiese el papel de narrador, dada su mayor experiencia y conocimiento de la vida, tal como lo habla visto y aprendido, a su vez, de su padre. Es esta una constante entre las culturas que han cultivado la narración oral, que deja de tener vigencia cuando, suplantado por otras costumbres y formas de comunicación, se extingue lo que Benjamin llama "el lado épico de la verdad, la sabiduría" (5).

Teniendo en cuenta ciertos elementos que entrarían en los campos de la prosémica y cronémica (6), aportados por las mismas informantes, la relación de los cuentos tenía mucho de rito, de ritualidad familiar que llenaba un tiempo de cada jornada y cumplía sus funciones. Ello entra dentro de las coordenadas etnológicas de cualquier otra sociedad que se sirva de lo mismo (7). Los cuentos se contaban en torno a la lumbre en las noches de invierno, una vez acabada la sementera; es decir, cuando las labores del campo dejaban mayor holgura en la vida familiar. Noches largas en las que se rezaba el rosario y se cenaba antes de dar comienzo a la velada. En torno a la hornilla, con los pies apoyados en la piedra del hogar, cada miembro de la familia ocupaba su puesto, tácitamente fijado: en los extremos los padres y, cerrando el semicírculo, los hijos. Al lado del padre, el varón mayor; los más pequeños junto a la madre.

Tras el rezo del rosario y la cena, la relación oral en la velada, privilegio del padre, contribuía igualmente a reforzar la cohesión familiar en el compartimiento del tiempo en el ocio. Una función necesaria en la estructura familiar agraria de las poblaciones rurales que en este caso cumplía la tradición oral, al igual que en otros momentos servía para cohesionar otros aspectos de la misma estructura vecinal (fiestas y celebraciones colectivas; asueto o juntanza de hombres: en la herrería, en la cantina, en la bodega, etc.). Es en su entorno particular donde cualquier forma o género de la tradición oral desarrolla ampliamente su sentido y adquiere plena validez, es decir, recrea lo que se ha venido llamando su "universo de discurso" (8).

Dentro del carácter funcional de la literatura oral, en este contexto no deja de ser significativo que fuese el padre el encargado de dirigir o llenar

la velada familiar, asumiendo el rol de animador, de narrador, al igual que en el pueblo el papel de jugar en la fiesta de San Antón y de animador de los carnavales estaba de antemano asumido por una misma persona. Generalmente este papel de locutor, según la ocasión, el motivo, el género tradicional o el auditorio, solía cambiar. Así, con el tiempo, los hijos, que habían escuchado de labios del padre en las veladas de invierno textos de tradición oral de bien diversos tipos: cuentos, romances, formularios infantiles, pasatiempos, etc., no todos guardaron igualmente en su memoria los mismos textos, decantándose mejor por unos bloques temáticos que por otros, o prefiriendo unas formas a otras. Hubo quien transmitió problemas y casos de ingenio, quien recordó mejor rimas y versos infantiles y quien dio más importancia a los cuentos. Ello viene a explicar, un poco, el sinuoso y no siempre abarcable proceso de transmisión textual, aunque, en este caso concreto, es la tradición familiar el marco insoslayable de referencia (9).

Siguiendo la tradición familiar, el padre se posesiona de su papel de narrador. Hay, a primera vista, dos motivos: el aprendizaje efectuado en casa de sus progenitores, donde se habría seguido el mismo rito de velada amena y narrativa, y la propia disposición o "carisma" para realizar dicho papel. El tipo de estructura familiar lo requería y, por ello, la función desarrollaba el órgano. Sólo cuando por imperativos de las circunstancias externas, de los profundos cambios producidos en la sociedad rural, la vida familiar se hizo menos trabada, más relajada, el rito fue desfigurándose y perdiendo su sentido, quedando la tradición narrativa al albur de momentos azarosos y diversos hasta la casi total extinción, pues es llegado el momento en que quienes un día tuvieron en su memoria vivo todo este acervo de cultura popular —las informantes—, hoy, tras no pocos esfuerzos, sólo pueden ir recordándolo fuera ya del contexto en que tenía vida propia y adquiriría su razón de ser. En su memoria quedan sólo vestigios —los cuentos más anecdóticos, menos complicados— de una ingente colección que, según dicen, poseía su padre.

Si bien los cuentos más largos del género maravilloso han desaparecido prácticamente de su mente (sólo el título o vagos motivos de algunos, alguna frase emblemática...), el elevado número de cuentos de costumbres y chascarrillos que todavía recuerdan lleva a creer que la capacidad narrativa de quien se los contó era, ciertamente, considerable y poseía muchos y sobrados recursos para atraer la atención y dinamizar las situaciones de las historias y facecias que transmitía. Ellas son bien conscientes de ello. Y es que nunca se hará suficiente hincapié en la importancia capital del narrador en la tradición oral, en su "modo de contar", de hacerse con el auditorio (11). La magia que se crea-

ba en esos momentos en su entorno era en gran parte producto de sus dotes narrativas, y de su voz, de su cuerpo, de su actuación en suma dependía esa traslación que los oyentes experimentaban hacia los mundos ficticios que iba recreando.

Las dotes interpretativas o dramáticas del relator dan curso no sólo a la materia verbal del texto, adaptándola, actualizándola o moldeándola a su gusto, sino que, para hacer ésta más evidente, más plástica al receptor, despliega toda una serie de recursos paraverbales o extratextuales que éste recoge como propicios e inseparables ya de aquella. Tonos, ritmos, inflexiones, modulaciones de la voz, susurros, interrupciones, silencios... contribuyen, al igual que gestos, muecas, movimientos y posturas a revitalizar un entorno que, por unos instantes, borra la realidad fáctica, superponiéndose a ella y creando un doble plano del que, quienes participan en la velada, no son del todo conscientes. Quien narra crea simulacros de otro mundo u otra realidad que, partiendo de la experiencia cierta del que está viviendo a diario, lo desbordan, si no lo anulan, en el placer colectivo que supone, mediante la transgresión de la palabra, haberlo puesto en entredicho.

Paralenguaje y kinésica acompañan y apoyan al texto en sí y contribuyen unitariamente a dotarle a éste de sentido, pues el cuento en sí no es comunicación que entre sólo por los oídos de la audiencia, sino también por los ojos. La velada no era otra cosa que una incursión lúdica, imaginativa, más allá del tiempo, o mejor, un recodo en la fluencia lineal de la jornada y de sus arduas o monótonas tareas para mirar éstas con un cierto distanciamiento, en la relajación de la risa y la inconsecuente relación de las palabras, de modo que fuese como marcar un paréntesis en el tiempo convencional, obligado, discreto. Todos los que participaban —narrador y oyentes— entraban en él, pues deseaban hacerlo precisamente por el carácter primordialmente lúdico que tenía, bien contrario al resto de las acciones y sus funciones diarias (12). El narrador, sin embargo, en su papel central de animador, era a quien le correspondía abrir las puertas del juego, del encantamiento colectivo en el que el grupo notaba su cohesión, suspendida en el tiempo. Un poco juglar de la familia, debía "poner ante los ojos" lo que contaba, crear, más allá del texto que reproducía, efectos de inmersión para que la suspensión o corte del tiempo, la transición a otra realidad se hiciese lo más "real" posible. Con sus dotes dramáticas, paródicas, el narrador ponía muchas veces de su parte esa falta de rigor o escasa coherencia textual que se percibe con frecuencia en una mera lectura de los cuentos tradicionales (13).

A diferencia del lenguaje escrito, que se independiza de su autor en cuanto encuentra el soporte

fijo, la oralidad en que se basa el goce y la transmisión del cuento tradicional es indesligable del sujeto que la transmite, y la inlocución o modo de tomar éste la palabra es determinante y modaliza la totalidad del discurso y la estructura comunicativa que lo sustenta. Naturalmente, el receptor, quienes escuchan, influye en su inlocución, puesto que no puede dejar de tenerlos en cuenta. A su vez, este tipo de comunicación oral, precisamente por sus características de ritualidad y transferibilidad –tradicionalidad–, difiere de la mera comunicación o intercambio conversacional que tantas veces se produce a lo largo del día, cuya finalidad es inmediata y efímera.

Esta velada tradicional, oral, tenía su particular ritmo temporal, requería y adoptaba una temporalidad propia en la que todos los miembros de la velada llegaban a confluír, de la mano del narrador. La vida, la experiencia de lo real se transformaba, se readaptaba al hilo de los cuentos y de sus mensajes, formalizándose naturaleza y sociedad, experiencia y vida, en una cosmovisión concreta, en un modelo de cultura que, explícita o subliminalmente, abogaba por el mantenimiento o el rechazo de unos principios y valores que impregnaban la vida social (14).

Según la consideración que hace E. Coseriu de los "entornos" que pueden distinguirse en cualquier discurso que en toda circunstancia comunicativa se producen, cada velada tenía su propia "situación", un "espacio-tiempo" creado por el mismo discurso. Por otra parte, la tradición lingüística y la experiencia acerca de las realidades significadas ayudan a delimitar claramente el espacio. Así se pueden considerar los "localismos" o "voces dialectales" que aparecen con la mayor naturalidad incardinados en los propios textos, a veces designando realidades en trance de desaparición (el "cuartón" de una era, la "segunda posa"), o tantos objetos, modos y realidades que estaban dentro del horizonte vital y de la diaria experiencia de los interlocutores (las ferias de León y Valderas, los nombres de pueblos vecinos de la ubicación de una anécdota...), así como las peculiaridades sociales y culturales que familiarmente compartían (régimen agrario, población rural...). Todo ello contribuye a crear los diferentes contextos en que los cuentos podían entenderse y adquirirían un sentido dentro del mismo hecho narrativo en el que, en cuanto universo de discurso, se producían y eran admitidos (15).

No hace falta repetir que, dentro de las limitaciones y determinaciones que le imponían al narrador estas mismas circunstancias, él era –en cuanto conductor– quien podía mediatizar los "entornos" y modelar la situación recreando la materia oral tradicional, los distintos cuentos que contaba, siempre según su imaginación y la capacidad de adaptación al momento. De esta capacidad y deseo de actuali-

zación, generalmente para hacer la materia ficticia más verosímil, más realista, más cercana e interesante al auditorio –común en todo narrador– surgen las variantes particulares de la materia tradicional. Ellas son, con frecuencia, un espejo donde las circunstancias que las facilitaron quedan reflejadas.

El propio narrador es quien administra también el repertorio de sus cuentos, de acuerdo con el interés de los oyentes y la adaptación a la edad o al tipo de información y transmisión que prevea asequible y apta para su público. Sabe imponer, pues, restricciones temáticas. Así, en este caso concreto cuyo contexto de transmisión es la velada familiar, resulta elocuente y explicable la ausencia de cuentos que pusiesen en entredicho el celibato sacerdotal o las infidelidades matrimoniales, tan abundantes en cualquier tradición. Los que tienen como motivo principal otras actuaciones clericales, con su consiguiente jocosidad y cuestionamiento, son varios, pero ninguno hace alusión al susodicho problema. Alguno, como "El cura y el sacristanillo", que en otras versiones recogidas hace referencia al tema, prescinde del elemento que desencadena el galimatías verbal que pone en práctica el cura, que no es otro que la criada (16).

JUEGO Y HUMOR

Ponderada la importancia del narrador o contador de cuentos, otra faceta no menos digna de consideración se abre a la hora de enjuiciar las dimensiones culturales y antropológicas de la narración tradicional. No en vano en su novela ejemplar *El coloquio de los perros* pone Cervantes en boca de Cipión una distinción harto clarificadora tratándose de los cuentos: "...unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo de contarlos" (17). El origen, la constitución y la función de esa "gracia" que espera el auditorio, y con la que se recrea, es otro aspecto que debe tenerse en cuenta.

Tratándose de cuentos de costumbres rurales, emparentados tantas veces con chascarrillos y chanzas, es el humor, en su infinita gama de matices, de lo tosco a lo burdo, el armazón sobre el que se sustentan y en el que encuentran en gran parte su sentido. Además de otras funciones ya estudiadas, como pueden ser la cognoscitiva y moralizante (18), encierran una función lúdica que es, a primera vista, la más aparente. La plurifuncionalidad y polivalencia o diversificación de sentidos puede existir en cualquier discurso y es algo habitual en los textos que nos ocupan (19).

La dimensión placentera del cuento popular significaba, frente al trabajo y a las tareas más onerosas y serias de la jornada, un segmento temporal en el que la necesidad y la seriedad de aquellas

obligaciones quedaban suspendidas, se trascendían con la inmersión en mundos tergiversados por el humor, desvirtuados intencionadamente. La tensión del quehacer diario, del juego reglamentado, se aliviaba en la libre revocación de las disposiciones sociales, morales, etc. La velada tenía una saludable virtud catártica mediante la cual sus miembros, al unísono, reconquistaban ese placer perdido del que habla Freud, perdido precisamente a consecuencia de su entrada, en cuanto individuos conscientes, en el engranaje social (20).

La ficción crea un distanciamiento, un espacio racional desde el que el auditor contempla y valora la sucesión y el resultado de los hechos relatados, de las situaciones descritas, de los personajes en cuestión. Oye y observa —se imagina— desde fuera la ilusión o el remedo que el narrador levanta sobre el cañamazo de la realidad conocida, pero dada la vuelta, explorada desde pliegues oscuros o ángulos inaceptables en el paradigma de lo aceptable y de lo convencional. La comicidad surge, precisamente, porque el oyente descubre las fallas de un sistema al que se encuentra habitualmente supeditado y, por un momento, experimenta, desde una posición de preeminencia, su superioridad individual. Ahí nace la risa, el placer secreto de una imprevista y momentánea liberación.

Valores, creencias, instituciones, estamentos pierden la prestancia y el rigor de sus obligaciones e imposiciones, aunque muchas veces la burla, el ataque no sea frontal, sino difuminado o solapado porque ciertas situaciones o personajes grotescos aparecen en primer plano centrando la incoherencia o el disparate. Aunque ellos parezcan, de manera inmediata, los resortes que provocan la hilaridad, las causas del regocijo pueden tener unas causas subconscientes más profundas. El placer de cuestionar las razones de orden superior, ridiculizándolas, despojándolas de su halo sacral y misterioso, o el placer de disparatar y de ir contra la lógica han sido siempre una forma de rebeldía humana, de afirmación de una identidad que se sabe, de siempre, dependiente y condicionada.

La comicidad se desencadena o se provoca de diferentes modos, pero abunda en estos cuentos el engaño como función motivadora, que, al cumplirse en la historia, determina la complacencia de los contertulios. Ello conlleva que los personajes que protagonizan las historias se dividan claramente en engañadores y engañados, dando lugar a los consabidos prototipos de listos y tontos. Alguna vez sucede que los engañadores son varios y uno el engañado ("La higuera de Juan el Tuerto") y otras al revés, uno sólo se burla de todo el pueblo ("Ángel divino" y "Juanillo en procesión"), o de un matrimonio ("Juan Vagas"), pero lo más corriente es que todo quede entre dos.

Los listos, generalmente, despliegan una tradicional picaresca para engañar y aprovecharse del excesivamente crédulo y ello les sale bien, pero también resulta fácil encontrarse con casos que reiteran un tema tan popular como el del engañador engañado, en los que el supuesto tonto se burla del que se creía más listo que él ("El cura y el sacristanillo" o "Mearra"). Hay, sin embargo, numerosos casos en que la gracia del cuento recae exclusivamente en la figura del tonto o estúpido, cuya torpeza, ignorancia o falta de adecuación a las circunstancias en que actúa, dan pie a la hilaridad ("Las tres papudas", "La confesión de la vieja", "El examen de doctrina", "El sombrero del rey", "La llave del pajar").

Pero el cuento no siempre se basa en la explotación de la ignorancia o de la necesidad humana, en la burla de las debilidades de la humana condición, a través de una serie de motivos recurrentes como el hambre, el miedo, lo escatológico, la fácil credulidad..., sino que también busca la risa en la descompensación o extrapolación de anécdotas que dan lugar a situaciones ridículas, al margen de las astucias o los deméritos de las personas. No es fácil, por otra parte, desvincular en un cuento las figuras en sí mismas de las situaciones a las que dan pie con su actuación o comportamiento, pues generalmente interfieren y se potencian mutuamente, sosteniendo la comicidad, pero, a veces, los personajes pasan a un segundo plano y es lo esperpéntico de la situación en sí lo que prevalece a la hora de regocijarse el oyente ("Ángel divino", "Juanillo en procesión", "El descasorio"..., y sobre todo, "Brujas en la iglesia").

Otro componente muy importante en cuentos de este tipo para lograr la comicidad es el lenguaje en sí mismo, el aprovechamiento de ciertos recursos verbales cargados de posibilidad lúdica mediante los cuales es fácil dotar a una anécdota, a una historia de tintes jocosos. Estos recursos o artificios verbales suelen aparecer y adquirir su sentido al final del cuento, y sirven de broche, de cierre ingenioso e inesperado.

Los chascarrillos que tienen como protagonista a Quevedo son fieles ejemplos de la explotación ingeniosa de la lengua a base de juegos de palabras: la dilogía ("Los pellejos de vino"), la imagen insólita ("El huésped prófugo"), el disfemismo y la alusión grosera ("Los versos tristes"). No hacen sino seguir la estela conceptista que tan magistralmente dejó marcada el escritor a quien, de algún modo homenajean como modelo de agudeza y mordacidad. Otros hay que se basan en un calambur ("Su majestad es coja") (21) o en la insinuación engañosa ("La señorita de la P y la U"). Y en la paradoja ("La llave del pajar").

Hay ocasiones en que la comicidad del cuento se prevale de cierta complicidad o juego sonoro. Un elemental aliño poético en cuartetos y coplillas cumple unas veces esta función festiva ("La higuera de Juan el Tuerto", "La devota de San Antonio") y otras la aún más tosca sobreimposición rítmica del ripio ("La devota de San Andrés", "Ángel divino"). O la añagaza derivativa y verborrérica, sin más ("Marzo magarzo").

El puro disparate lingüístico es otro recurso muy socorrido y de comprobado efecto. Puede basarse en la alteración arbitraria de los signos convencionales de la lengua ("El cura y el sacristanillo"), en la distorsión macarrónica de los latines eclesiásticos ("Mearra") o en la imitación de hablas dialectales ("Las tres papudas"). Si ello, además, va acompañado de otros recursos paraverbales paródicos—melodías sacras o malformaciones vocales—la jocosis es mayor.

EL COMPONENTE CARNAVALESCO

Dada la primordial finalidad humorística de este tipo de cuentos de costumbres, todos los elementos o ingredientes narrativos, indispensables para la elaboración de las historias, están supeditados a ese resultado final en que la realidad, en alguno de sus aspectos o dimensiones, va a ser cuestionada descubriendo su lado risible, grotesco. Personajes, situaciones, lenguaje, adquieren su valor y desvelan su sentido en la globalidad del cuento, una vez cerrado y dicho, y poco valdrían por sí mismos si no fuera porque contribuyen parcialmente y en conjunto a la ruptura de la lógica, a la trasgresión de lo convencional y cotidiano, a la liberación de deseos ocultos.

Esta visión y planteamiento de la realidad que da la vuelta a todo e instaura un cierto caos en el que la sinrazón, la simplicidad, la desmesura campean y se imponen, forman parte de ese componente carnavalesco del que se halla profundamente impregnada toda cultura popular y que aflora siempre en sus manifestaciones lúdicas, según ha previsto magistralmente Mijail Bajtín. Manifestaciones burlescas que ponen en entredicho las normas, costumbres y verdades "oficiales", sancionadas por la autoridad de la clase dirigente e impuestas en el entramado social, y que no hacen sino dejar claramente marcados los rasgos separadores entre ambas culturas y grupos sociales (22).

Si bien la época más caracterizante carnavalesca era, según apunta J. Caro Baroja, "ocasión de tertulias" donde se contaban chistes, cuentos y chascarrillos del todo alejados de las normas del decoro (23), las noches de invierno forman parte de ese amplio periodo propicio para la risa y la inversión de valores que la gente del pueblo siempre

buscó fuera de los duros trabajos del campo. Esta inversión de valores se produce como alternativa liberadora de cuantas imposiciones y reglas coercitivas velan por la subordinación individual a un orden social jerarquizado y rígido, oscurantista y discriminatorio. Parodiando valores, principios, creencias, tabúes que priman en la organización social establecida, se parodia a esta organización, a esta realidad y su cosmovisión obligatoriamente aceptada y nunca libremente elegida. La parodia, la burla, la relativización jocosa es el ariete que el hombre común posee para abrir fisuras y cuartear los sólidos cimientos de una realidad que se le impone por sí misma y de la que sólo puede escapar de este modo y en unos tiempos que, de algún modo, son un paréntesis, una suspensión, en el tiempo social y ordinario en el que la oficialidad le obliga a cumplir a rajatabla.

El cuento, en este caso, es la "voz popular" que se opone a esa voz única, grave, dictatorial del poder dirigente, constituido. Bajtín, que define la novela como una composición polifónica donde se escucha la pluralidad de las voces sociales, considera, en cambio, al cuento tradicional como la monodía de una voz paródica, contestataria, aislada, que se enfrenta a la voz "oficial", a la voz de la autoridad y de la verdad (24).

En los cuentos que nos ocupan, se hace burla implícita del lenguaje mediático de la institución eclesiástica ("La devota de San Andrés", "Ángel Divino", "Mearra", "La confesión de la vieja") o de principios de fe y rituales ("Juan Vagas", "Brujas en la iglesia", "La llave del pajar"...), así como del lenguaje jurídico, críptico y ambiguo, ("Marzo, magarzo", "La señorita de la P y la U"). Y se producen claras inversiones que contradicen normas e instituciones sociales, de tal modo que la mujer lleva la voz cantante en el matrimonio y se sale con la suya ("Las berzas de nuestro huerto", "Cinco huevos"), el tonto engaña al listo ("El cura y el sacristanillo") o relativiza con su comportamiento lo sacral del poder religioso ("La devota de San Antonio", "La procesión de Juanillo"...), jurídico ("La señorita de la P y la U") o político ("El sombrero del rey").

La burla, la jocosis, recurre en no pocas ocasiones a la deformación grotesca, propasando las barreras de la discreción y el decoro, regocijándose en la trasgresión de tabúes y pudores convencionales ("Las berzas de nuestro huerto", "La confesión de la vieja"...), lo mismo que lo hacía en la trivialización de ritos y devociones religiosos. Es una explotación de la infrarrealidad que echa mano de ciertos motivos marginales que, como todo lo escatológico y fisiológico, han estado siempre censurados en la vida consciente y pública y conforman ese "realismo grotesco" del que habla también Bajtín y que no puede separarse de la celebración car-

navalesca y de los rituales de inversión. Lo elevado, sublime, decoroso, se rebaja a sabiendas integrándolo en el plano de lo material, de lo corporal, de lo degradable. Degradando y materializando aquello que se tiene por elevado e ideal, el ser humano parece reducir a un nivel manipulable lo que de por sí tiene como intocable y superior, y al comprobar la capacidad que él tiene para reducirlo, es cuando experimenta el placer y le brota la risa (25).



Hay otro género literario popular con el que el cuento de costumbres mantiene no pocas concomitancias: el entremés. Ambos comparten la misma visión degradante y festiva del mundo, tomando sus referencias, para reírse de él, de las lacras y contradicciones sociales que vienen dadas por una cultura impuesta. Los motivos de la burla y quienes encarnan o ilustran con su listeza o su torpeza esos motivos (engaño, hambre, miedo, ignorancia...) se repiten una y otra vez: capigorriones hambrientos, estudiantes o jóvenes bromistas, sacristanes espabilados, maridos desautorizados, bobos consumados que no dan una a derechas, pícaros y listillos de todo tipo... Los recursos caricaturescos siempre rondan en torno a las numerosas posibilidades ocultas que la misma lengua posee para engañar o burlarse o a la relativización de leyes y creencias y convenciones sociales a través de representaciones que, sacándolas de su contexto, muestra su inadecuación y dejan de ver, en la deformación, su lado más grotesco y rechazable.

La influencia entre ambos géneros es mutua y no siempre es posible saber, ante la misma materia narrativa o anecdótica, cuál de los dos la conformó primero. Si la figura del necio o simple parece provenir de las celebraciones carnavalescas, las chan-

zas que meten por medio a sacristanes tienen mucho que ver con los entremeses que en las fiestas del Corpus español precedían a los autos sacramentales, según ha estudiado Eugenio Asensio, pues en la figura de los sacristanes se encarnaban no pocos defectos del clérigo, cuya imagen se vio protegida, desde Trento, por la censura (26). En el cuento, sin embargo, lejos del espectáculo masivo y más centrado en la transmisión vecinal y familiar del pequeño grupo, la figura del cura sigue siendo el blanco de no pocas situaciones jocosas.

Cerramos este corpus de cuentos con "El niño y los ladrones", que muestra ciertas particularidades que lo alejan, en gran parte, de la mayor homogeneidad del resto. Estas particularidades más notables son: el final formulario, propio de los cuentos maravillosos, y la ausencia de humor grotesco o degradación del protagonista o de alguno de los personajes en litigio, pues no hay engaño voluntario, sino casualidad (27). Si bien la versión recogida ha reducido la historia a escuetos términos costumbristas, ellas permiten establecer unas mínimas diferencias con el resto, que entran más bien en los que Chevalier llama "cuentecillos" y Baquero Goyanes "cuentos-chistes" (28).

JUAN VAGAS

Un hombre que venía del otro mundo —venía de ánima—, y iba llamando a las puertas: "un ánima del otro mundo, si me pueden dar una limosna", y llamó a la puerta de una señora, y dijo la señora:

—¡Oy!, ¿Viene usted del otro mundo? A lo mejor conoce usted a mi hermano, que se llamaba Juan Vagas.

Dice:

—¡Ay, que si le conozco! Juan Vagas y yo, amigos inseparables; no nos separábamos nunca.

Y le dijo la señora:

—Pues le voy a dar a usted algo pa que lleve para allá: unos chorizos y de todas estas cosas que tengo aquí de la matanza, y eso se lo puede usted llevar.

Y dice:

—¡Uy!, todo lo que usted me dé se lo llevo.

Cuando llegó el marido a casa, le dijo:

—Anda, ¿no sabes?, que ha venido aquí un ánima que conocía a mi hermano Juan.

Dice:

—¿Que conocía a tu hermano Juan?

Dice:

—Sí, y le he dado chorizos y de todo, y un poco de lomo, para que se lo lleve.

Y ya dijo el marido, dice:

—Anda, a ti lo que te ha hecho es que te ha engañado. A ese, voy yo ahora detrás de él y verás si le pillo.

El hombre tenía un caballo y marchó con el caballo a ver si lo encontraba, pero el otro, como era ánima, se había subido a un tejado a revolver tejas, a un cuartón de una era, y cuando llegó allí, dice:

—Oiga, usted, señor, ¿ha visto usted pasar por aquí a uno que dice que era ánima del otro mundo?

Dice:

—Ya hace tiempo que pasó.

Dice:

—Pues voy a ir a ver si lo alcanzo.

Y dice:

—Pues, mire, mejor es que me deje usted el caballo y voy yo a por él, que le conozco yo mejor que usted. Usted me deje el caballo, que voy yo a buscarle.

Dice:

—Bueno, bueno, pues tenga usted el caballo, ya volverá usted.

Conque cogió el caballo y marchó y ¡tú que te vistel!

Y llegó a casa y se lo contó a la mujer. Esta le dijo:

—¡Anda, bobo, más te ha engañado a ti que a mí, que ahora hasta nos ha dejao sin el caballo!

LA HIGUERA DE JUAN EL TUERTO

Era un señor que tenía un huerto cerca del cementerio y se llamaba Juan el tuerto. Y tenía allí una higuera muy grande, con muchos higos, y los mozos se los quitaban. Dice: "No me vuelve a pasar esto, porque voy yo por la noche y cuido la higuera. ¡A ver quiénes son los que cogen los higos!".

Pero los mozos se enteraron que se quedaba cuidándola y se escondieron detrás de las tapias del huerto, y cantaban:

*Antes, cuando éramos vivos
veníamos a esta higuera a por higos,
y ahora que somos muertos
venimos en busca de Juan el Tuerto.*

El hombre, que los oyó, cogió miedo y marchó a casa que volaba, y los otros le cogieron los higos.

LA DEVOTA DE SAN ANTONIO

Era una señora que tenía una hija en edad de casar, pero no la salía ningún novio y estaba preo-

cupada, así que decidió encomendarse a San Antonio y fue a la iglesia al altar del santo a rogarle:

*San Antonio bendito,
maninas, patinas, cara de gloria,
dame un novio para la mi Antonia.*

Y el sacristán, que la oye:

*El hijo del sacristán,
que es un mozo muy galán.*

Marchó para casa tan contenta y le dijo a su hija que se la había arreglado lo del novio. Así que se encontraron y se casaron y, después de un tiempo, la mujer, al ver que el marido de su hija era un vago y un perdurario y un mal marido que no hacía más que hacerla sufrir a la hija, se fue a San Antonio a reprochárselo. Y, nada más llegar a su altar, le suelta:

*Anda, manazas, patazas, cara de cuervo,
que, según tienes la cara, me diste el yerno.*

LA DEVOTA DE SAN ANDRES

Era una mujer devota de San Andrés y todo se lo pedía a él, y le llevaba ofrendas a ver si le concedía lo que pedía. La mujer veía que desaparecía lo que le llevaba y se dispuso a preguntar al santo si era él quien se lo comía o era algún gato que iba por allí:

—San Andrés, ¿comen los gatos miel?

—Sí, hija, y beben vino también.

—¿De veras?

—Y también comen peras.

Y se quedó tan tranquila y le siguió llevando, pero había sido el sacristán, que estaba escondido cerca, el que la iba contestando.

ANGEL DIVINO

Un hombre que había ido a Valderas a comprar un burro y, al llegar al pueblo, todos le preguntaban que cuánto le había costado. Y él no lo quería decir, pero como siempre le daban el mismo sonsonete y le tenían aburrido, se dijo: "A estos les arreglo yo".

Fue a la iglesia y dio en tocar a vuelo las campanas, y la gente, al oír todas las campanas tocando, creyó que había fuego en el pueblo y se iba hacia la iglesia a ver que pasaba. Y entonces, el hombre se escondió en la escalera del campanario y la gente estaba en la iglesia amedrentada porque no sabía quién había tocado las campanas. Y él levantó la voz y dijo:

—¿Estáis todos juntos?

Y le contestaron (ellos creían que era voz del ángel, porque no veían nada):

—Sí, ángel divino.

—Pues catorce duros me costó el pollino.

JUANILLO EN PROCESION

En una iglesia de un pueblo habían robado las vinajeras y el incensario. Y dijo Juanillo, un monaguillo, al señor cura:

—Yo sé quién lo ha robado, pero no lo digo hasta que me saquen en procesión.

—¡Pero, hombre, cómo te vamos a llevar en procesión como si eres un santo! —le dice el cura.

—Pues si no me llevan así, no lo digo —dice Juanillo.

Conque, ya el señor cura se revistió con la capa y todas las vestimentas sagradas de hacer las procesiones y dijo al sacristán:

—Bueno, bueno, saca unas andas y pon a Juanillo encima. Y toca las campanas a vuelo pa que venga la gente.

Conque ya, todo el pueblo en la procesión. Y el señor cura cantaba:

Dinos, Juanillo, quién ha robado las vinajeras y el incensario.

Y Juanillo contestaba:

Más adelante lo diré.

Y un poco más adelante se vuelven a parar y otra vez entona el cura:

Dinos, Juanillo, quién ha robado las vinajeras y el incensario.

Y Juanillo, lo mismo:

Más adelante lo diré.

Y otro poco, y vuelta el señor cura:

Dinos, Juanillo, quién ha robado las vinajeras y el incensario.

Y Juanillo, lo mismo:

Más adelante lo diré.

Y ya anduvieron por todo el pueblo y vuelven a la iglesia, y el señor cura, vuelta a la letanía:

Dinos, Juanillo, quién ha robado las vinajeras y el incensario.

Y Juanillo:

Señor cura, los ladrones.

Y la gente se enfadó mucho, porque les había tenido de procesión para eso, pero Juanillo decía que él había dicho la verdad: que eran los ladrones.

BRUJAS EN LA IGLESIA

En un pueblo se oyeron un día unos ruidos muy grandes y extraños en la iglesia, en una parte de la iglesia, y se lo fueron a decir al señor cura, porque decían que si pudieran ser las brujas o seres malignos y el señor cura tenía que echar la bendición. Conque fueron a decirselo al señor cura y éste, al ver que no se veía nada y los ruidos sí estaban y se oían de vez en cuando —unos ruidos raros—, dijo que si iba a ser cosa del demonio que quería asustar al pueblo. Así que se corrió la voz por el pueblo de que los demonios estaban en la iglesia escondidos y que el señor cura iba a echar agua bendita para espantarlos.

Con que ya se vistió el cura y se puso a la entrada de la iglesia y, allí, con toda la gente detrás, afuera, el sacristán abrió bien las puertas y encendió las luces y, entonces, el cura empezó a echar los latines y a dar con el asperges y salió un marrano (porque los ruidos que hacía era un marrano que se había metido allí, sería el marrano de Antón a lo mejor, no sé), salió corriendo, a todo meter, y le pescó al señor cura entre las piernas y tiró con él, se lo llevó, y el cura iba montado en el marrano por las calles y decía:

—¡Que me llevan los demonios! ¡Que me llevan los demonios!

Y toda la gente detrás, diciendo en procesión:

—Amén, amén, amén.

EL CURA Y EL SACRISTANILLO

Un cura (un señor cura, como decíamos antes) tenía un sacristanillo para hacerle los recaos, y que no sabía cómo se hacían las cosas, porque había venido de la montaña o no sé de dónde y desconocía muchas palabras y cosas, porque nunca las había visto o las llamaba por otros nombres que se las daba allí en la montaña. Conque ya, por enredar con él y reirse un poco de lo ingenuo que era, o que parecía, le iba enseñando todo con los nombres cambiao, para ver cómo el pobre muchacho se hacía un lío. Así le dijo que la casa se llamaba la chiribitaina, y las escaleras las esquinencias, y todo lo que se le ocurría, porque, además, el muchacho también le preguntaba:

—¿Y la lumbre?

—La lumbre, la alegría.

—¿Y el gato? —que estaba allí cerca.

-El pescalosratis.

-¿Y el rabo? -que no hacía más que menearle.

-El tinguilis mínguilis.

-¿Y eso que echa usted cuando en misa nos moja?

Dice:

-Eso es la buenabundancia.

-¿Y la cama?

-La cama, el alto de San Sebastián.

Conque ya va el muchacho un día y ve que el gato se ha prendido a la lumbre y que marcha escaleras arriba como el demonio, y dice: "se le va a quemar la casa al señor cura", y, como el cura estaba todavía en la cama, desde abajo le avisa cantando de esta manera:

*Señor cura baje usted
de los altos de San Sebastián,
que anda el pescalosratis
subiendo y bajando por las esquincias
con la alegría en el tinguilis mínguilis
y si no baja usted
a echarle la buenabundancia
se le quemará la chiribitaina.*

MEARRA

Un cura y un sacristán. El sacristán tenía pape-ras, y el cura meaba la cama. Una vez cuando el sacristán tenía pape-ras, el cura, para reirse de él, cantó en misa:

-Paperonia seculá seculóooooorum.

Y el sacristán, que sabía que el cura meaba la cama, le contesta:

-Meaaaarra.

EL EXAMEN DE DOCTRINA

En la cuaresma había que ir a examinarse de doctrina cristiana (que te daban una cédula de cumplir con Pascua, pero a la doctrina se iba en cuaresma), y fueron dos vecinas juntas. Y dijo el señor cura (ellas estaban allí), y dice:

-Bueno, vamos a ver, dígame usted el padre-nuestro.

-¡Huy, qué cosas me pregunta usted a mí, don Pascasio!

-Bueno, diga el padrenuestro, mujer.

-¡Pero qué cosas tiene usted, que le diga el pa-drenuestro!, ¡como si no supiera yo, como si fuera una chiguita!

-Y el cura, ya, se enfadaba:

-Bueno, que la digo a usted, señora Juana, que diga el padrenuestro.

Y ya la mujer, acobardada, de que veía que el cura se enfadaba, toda compungida, dice:

-¡Bueno, hombre, bueno, el padrenuestro! Pues ande, pregúntesele usted a ésta, que tampoco le sabe.

LA CONFESION DE LA VIEJA

Pues una vieja de las de antes, que todo las pa-recía pecao, se fue a confesar y se acercó allí al confesionario y no sabía cómo empezar.

Como no decía nada, el cura le preguntaba. Hasta que dice:

-¡Ay, padre, si es que tengo un pecao, pero no me atrevo a confesarlo!

-¡Hombre! ¿tan grande es que no se atreve a confesarlo? Dígalo, que Dios todo lo perdona.

Pero ella no se lo decía, sólo que era muy gran-de y que no se atrevía.

-Bueno, mujer, no se apure usted, ¿usted viene arrepentida?

-Sí, pero es que...

-Bueno, pues vamos a ver el pecao. Dígamele.

Y ya, por fin:

-Pues, ya ve, que el otro día fui a hacer mis ne-cesidades y me limpié el culo con un papel untao de manteca, y era viernes de cuaresma.

¡BURRO, COMPONTE!

Un señor tenía un burro, ya viejo, que iba con él a los mercaos y no se lo compraban, hasta que ya dice: "Lo que voy a hacer yo con este burro va a ser una cosa, le voy a meter tres o cuatro duros en el culo y voy al mercao con él". Conque así fue, y enseguida tuvo comprador:

-¡Qué! ¿me vende usted el burro?

Dice:

-¡Hombre, no se lo voy a vender! A eso he ve-nido.

-Pues a ver si nos ajustamos.

-Eso, que este burro no se vaya usted a creer que es como los otros, que este vale más. Este ca-ga duros.

-¿Duros?

—Sí, hombre, sí, y, si quiere, ahorma mismo lo vemos, que se lo demuestro yo.

El otro no se lo creía, pero el hombre le dio así al burro (en el lomo) y dice:

—¡Burro, compónte!

Fue el burro y cagó un duro (se retorció un poco y cagó un duro).

—¿Ve usted cómo es verdad?

—Sí, parece que sí.

Y el hombre no se decidía mucho, y dice:

—A ver, otra vez, no sea que me engañe.

—Que no le engañe, ya lo ha visto usted.

Conque ya, otra vez, le dio así al burro y dice:

—¡Burro, compónte!

Y el burro fue y cagó otro duro.

Conque ya, fue y dice:

—Me quedo con el burro.

Así que hicieron el trato y se quedó con el burro. El hombre se fue a casa todo contento y, nada más llegar, le dice a la mujer:

—¡Ay, María, si vieras lo que traigo!

—Pues ¿qué es? —dice ella.

—Que traigo un burro que caga dinero. Ya no nos va a hacer falta trabajar.

—¡Ay, sí!, ¿un burro?, ¿cómo es eso? Nunca he oído yo que caguen los burros.

Dice el hombre:

—Que sí, que sí, ya lo verás. Mira, vamos a la cuadra y lo vemos. Trae la manta esa del capillo y le tapamos bien, para recoger todo lo que cague.

Conque se la pusieron, la ataron con la cincha, para que no se le cayera, y dice:

—¡Hala, vamos a la cocina! Que descanse un poco, mientras tanto.

Y allí, en la cocina, los hombres tan contentos, haciendo sus planes de lo primero que iba a cagar el burro. Pero ya estuvieron un rato, y dice:

—Vamos a ver, a ver ya lo que ha cagao.

Conque ya, desatan la cincha, le quitan la manta y... ¿qué había en el capillo?...

¡Cagajones!... ¡Ay!, la mujer se ponía muy enfadada, pero ¡qué adelanta!, después de hecho el trato ya no quedaba más remedio que tirar para adelante con el burro. Y el burro lo que cagaba, era lo que todos: ¡cagajones!

LAS BERZAS DE NUESTRO HUERTO

Era un matrimonio que tenían una huerta y también una vaca, y ya la tenían muy gorda y la querían vender. La mujer le dijo al marido que ya era hora de llevarla a León a vender, y que mejor iban los dos, que ella le acompañaría para que no se dejase engañar, pero él no quería, porque decía que qué dirían en el pueblo, que otros iban solos a la feria. Ella entonces le dijo que a ver cómo vendía la vaca, que no la vendiese por menos de su valor y que cuidado a la vuelta con los ladrones, no le fuesen a quitar el dinero. Pero él, haciéndose el valiente, dijo que a él no le quitaban el dinero ni aun-que saliesen catorce, que no tenía miedo.

Así que al día siguiente se fue con la vaca y la vendió, y uno del pueblo que volvió antes que él, le dio la noticia a la mujer de que su Juan había vendido la vaca bien vendida. Entonces a ella no se la ocurrió más que vestirse de hombre, con unos pantalones y unas ropas viejas, y salió a esperarle al camino Valdunquillo y, cuando le vio venir, se escondió en un regato y luego le asaltó de repente. Disimulando la voz, le pidió el dinero o la vida. Y él, todo acobardadico, se quiso resistir, pero como insistiese que si no le daba el dinero de allí no pasaba, entonces, porque le dejase vivo, le entregó el dinero. Y, entonces, María le dijo:

—Pero no creas que con esto sólo te voy a dejar marchar, que me tienes que besar en el culo.

Juan no quería hacer eso, pero no tuvo otro remedio y, por fin, le dejó marchar, todo mohino. La mujer, entonces, echó a correr por un atajo y llegó a casa a esperarle allí como si nada. Cuando le vio entrar, enseguida se puso a preguntarle, muy interesada:

—¡Eh, Juan! ¿qué tal en la feria?

El, cabizbajo, no sabía cómo decirselo, y sólo dijo:

—Vaya.

—¡Cómo que vaya!, si dicen que has vendido muy bien la vaca y no la traes.

Y, sin atreverse a mirarla, decía que sí con la cabeza.

—¿Y dónde está el dinero? ¡A ver el dinero! ¿O es que te han robado?

Dice, lleno de pena:

—Sí, pero eso no ha sido lo peor, peor ha sido lo otro.

—¡Cómo lo otro! ¿Pues ha habido más?

Dice:

—Que, además de darle el dinero, le tuve que dar al ladrón un beso en el culo.

Dice la mujer:

—¡Anda, bobo! ¿No decías que no tenías miedo, que a ti no te robaban ni aunque fueran catorce? Si el ladrón era yo y no me conociste del miedo que tenías.

Y dice Juan, algo más aliviado:

—Ya decía yo, que, cuando besé el culo al ladrón, olía a las berzas de nuestro huerto.

CINCO HUEVOS

Era un matrimonio ya mayor, y había hecho la mujer cinco huevos para cenar, y dice:

—Mira, tres pa mí y dos pa ti.

—¡Cómo! —dice el hombre—, siempre come más el marido. Tres pa mí y dos pa ti.

—No, tres son pa mí —dijo ella.

—Digo que no, que tres son pa mí, te pongas como te pongas.



—Bueno —dijo ella—, pues, entonces, me muero.

—Pues, si quieres, muérete, pero es así, tengo yo que comer tres.

Conque la mujer se murió (vamos, hizo que se moría, claro). Y, entonces, ya, prepararon el entierro y la iban a enterrar. Y, cuando la llevaban por el camino, al hacer la posa (porque antes, en el camino del cementerio, se hacían dos posas, que se decían, paraban dos veces y le echaba el recorders el cura), va el hombre, al oído, y la dice:

—¿Has oído?, que pa mí tres y pa ti dos.

—Que te he dicho que no —ella contestaba, pero la gente no se enteraba, porque hacía que lloraba el hombre.

Conque ya, a la puerta del cementerio, la segunda posa (que se decía así).

—¡Oye, que ya llegamos a la puerta del cementerio! Mira a ver lo que haces, que yo como tres y tú dos.

—Te he dicho que no, que pa mí los tres.

Bueno, ya llegaron a la hoya, para enterrarla, y dice otra vez el marido:

—¿Ves?, que ya te van a bajar a la hoya. Pa mí tres y pa ti dos.

—Que te digo que no cedo, que pa mí tres.

Conque el hombre, todo enfadao, la deja por imposible y contesta:

—Pues trágate los cinco.

Y allí ya se acabó el entierro, y la gente ya se enteró que todo era por la cena, por ver quién comía más huevos.

EL DESCASORIO

Un matrimonio que se llevaba muy mal y siempre reñían, hasta que ya una vez dicen: "Bueno, esto no puede seguir así, hay que ir a casa del cura, y como nos ha casao, que nos descase". Y decidieron ir, y le dicen al cura:

—Mire, usté que nos casó, a ver si nos puede descasar, porque así no podemos seguir, que estamos siempre riñendo.

Y dice el cura:

—Bueno, bueno, hombre, ¿cómo no? Esto se arregla bien. Vamos a la iglesia y allí lo hacemos.

Conque fueron a la iglesia y le dicen:

—Bien, señor cura, ¿qué tenemos que hacer?

Dice:

—Nada, vosotros os arrodilláis aquí, delante del altar, y yo os descasaré igual que os casé.

Ellos se arrodillaron, y entonces el cura les tapó con un paño por la cabeza, para que no vieran. Se fue a la sacristía a por un palo de las andas y empezó a darles palos. Palo a uno, palo a otro, palo a uno, palo a otro, y venga a darle fuerte, hasta que ya el hombre, molido y cansao, se atreve a preguntarle:

—Diga, padre, ¿y va a durar mucho la ceremonia?

Dice el cura:

No, esto dura poco, hasta que se muera uno; entonces se acaba la ceremonia y quedáis descasaos.

LA LLAVE DEL PAJAR (29)

Esto es un hecho real que sucedió en Villamu-riel de Campos. Una mujer fue a ver a un cuñado que estaba muy enfermo y le dijo:

—Oye, si te mueres (que te morirás), si vas al cielo (que no irás), y si ves a mi marido (que no le verás), le dices que dónde dejó la llave del pajar, que no la encuentro.

LOS VERSOS TRISTES

Quevedo iba paseando por el Paseo del Prado, y unas señoritas iban detrás y se iban riendo de él. Iba una diciendo a las otras:

—¿Habéis visto cómo pisa Quevedo, qué pies tiene? Si tiene patas de mulos, parece —y se reían, venga a reirse. Y él lo iba oyendo.

Y, después, otro día que también le encuentran, en otro sitio, se acercan a él y le dicen, muy interesadas:

—Oye, Quevedo, mira lo que venimos pensando, ¿podías hacernos unos versos de esos tristes?

—Bueno, eso poco trabajo me cuesta. —Y dice:

*Aquel que en el Prado visteis
que tiene patas de mulo,
dadle besos en el culo,
esas son los versos tristes.*

EL POBRE PROFUGO

El rey invitó a Quevedo y a otros amigos, a otros cortesanos, a tomar chocolate, y a él, a Quevedo, le pusieron a la izquierda del rey, y empezaron a servir primero al rey, y luego siguieron por su derecha, y le dejaron a Quevedo para lo último y, cuando ya sólo quedaba él, el chocolate se termina y fueron a por más. Todos estaban con sus tazas bebiendo el chocolate y, como estaba muy caliente, soplaban. Y, entonces, Quevedo, para no ser menos, cogió también su taza y hacía como que bebía y, en vez de soplar, tiró un pedo. Y el rey, entonces, le dice:

—Pero, Quevedo, ¿qué es eso?

Y él dijo:

—Nada, señor, un pobre prófugo que va huyendo de la quema.

LOS PELLEJOS DE VINO

Iba Quevedo de paseo por una calle de Madrid y estaban unas señoritas en un balcón, asomadas, y, al verlo, empezaron a reirse de él, porque debía

ser el pobre señor no muy agraciado. Conque va él, llama a la puerta y dicen:

—¿Quién? —y salió la señora de la casa.

Y dice Quevedo:

—¿Venden aquí vino?

Dice:

—¡Uy, no, señor, aquí, vino no!

Dice:

—Yo creí que venderían, ¡como hay ahí tres pellejos a la ventana!

SU MAJESTAD ES COJA

A un pueblo iba a ir la reina, y era coja, y estaba la gente muy contenta, porque iba a ir la reina. Claro, todos sabían que era coja y tenían ganas de verla, y las mujeres decían que si nadie la diría nunca que era coja, que todos serían vivas y aplausos y zalemas para la reina. Pero una dijo que ella sí se lo iba a decir, que ella sí era capaz de decirselo, y todas la decían que cómo iba a hacer eso, que a la reina no se la podía decir así, de buenas a primeras, eso; pero la mujer dijo que ella ya sabía.

Total, que se pusieron a hacer los preparativos para recibir a la reina y también hicieron muchos ramos de flores, muchos ramos de flores, en una sala adornada, para ofrecérselos. Y cuando vino y saludó a las autoridades, esa señora se adelantó y la hizo las ceremonias a la reina y la dijo:

—Su Majestad escoja, su Majestad escoja.

La reina no lo entendió y escogió una flores, y la señora coja la llamó.

LA SEÑORITA DE LA P Y LA U

Un señor, cuando veía pasar a una chica que era ella muy chula, siempre la decía:

—Vaya usted con Dios, señorita de la P y la U, de la T y la A.

Y ella decía: “¡Vaya hombre más faltón! ¿Por qué siempre me dirá lo mismo?”, y se lo dijo a su madre, y ésta decidió que lo mejor iba a ser denunciarle. Y así lo hicieron, para que se callase. Se lo dijeron al juez y éste llamó al hombre y le pidió que se defendiera de esa denuncia que le hacía la chica por insultarla, por decirle siempre eso cuando la veía pasar, porque era un insulto ofensivo. Y el hombre, ni corto ni perezoso, le dio sus explicaciones. Dice:

—Señor juez, yo no faltó a esta chica, yo sí que la digo eso que ella dice, pero se lo digo con buen

fin. No la insulto, antes al contrario, la alabo por su buena planta, por su buena persona.

—Bueno, pues explíquelo usted.

Pues lo explicaré. Cuando la digo: “Vaya usted con Dios, señorita de la P”, pues la digo que es una chica muy pura.

—Bueno, sí —dijo el juez— ¿y la U?, ¿qué quiere decir la U?

—Pues la U quiere decir que es muy humilde.

—¿Y la T?

—Pues la T, que es muy temerosa de Dios.

—¿Y la A?

—La A, pues que es muy amable. Así que me parece que en nada la falto.

Oídas las explicaciones, dijo el juez, convencido, a la madre de la chica:

—No tiene usted por qué quejarse, porque este señor le alaba a su hija, así que por lo tanto, queda disculpado de todo. Y, ahora, váyanse cada uno a su casa.

MARZO MAGARZO (30)

Era un pobre hombre, un inocentón, que se casó con una mujer que era muy pendón y, al poco de casarse, un mes o así, se dio cuenta de que la mujer estaba cerca de dar a luz, y dice: “¡Pero es posible!”. Estaba preocupado, y se lo dijo a otros amigos, pero éstos, como ya le conocían, medio riéndose y como si ellos no sabían nada, le dijeron:

—Esto, el que mejor te lo puede explicar es el secretario, que él entiende más de cuentas, conque vete y preguntase lo.

Y allí se fue, a donde el secretario, y dice:

—Le vengo a preguntar a usted un caso que usted es el único que me lo puede aclarar, que sabe de cuentas.

Y le dijo:

—Pues ¿qué te pasa, hombre?, ¿qué te pasa?

Y dice:

—Que hace mes y medio o así que nos hemos casado y mi mujer ya va a tener un niño, y a mí me parece que es muy pronto. ¿Usted qué me dice?

Y el secretario:

—¡Hombre!, eso se aclara bien. Vamos a ver —le dice—, tú ¿cuándo te casaste?

Y dice:

Yo, en marzo, pero estamos ahora en abril y ya va a nacer el niño.

Y dice el secretario:

—Pues muy bien. Mira, vamos a contar, ya verás como sí que sale: marzo magarzo y el mes de marzo, tres; abril abriete y el mes que arremete, seis; mayo magayo y el mes de mayo, nueve. Así que... ¡justo!, tuyo es el muchacho.

Y ya el hombre quedó tan contento.

EL SOMBRERO DEL REY

Pues estaba el rey en una cacería con otra gente que le acompañaba y, de pronto, se desató una tormenta y se tuvieron que refugiar en una cabaña en medio del campo, en donde había un pastor que estaba cuidando sus ovejas. Todos iban a pelote, menos el rey, que llevaba sombrero, y el pastor, que nunca se lo quitaba. Y, como no escampaba, se pusieron a merendar y también invitaron al pastor. Y el pastor tan contento, porque él no sabía quiénes eran aquellos, sólo unos señores que andaban por allí cazando. Y el rey, entonces, por pasar el rato, se puso a hablar con él y le preguntó:

—¿Tú eres casado o soltero?

Y dice:

—Yo estoy casado.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Doce (doce o catorce, muchos).

Dice el rey:

—¡Hombre!, buena mujer la tuya para Napoleón.

—¡Qué va a ser para Napoleón ni pa su madre! Esa es mía, que me la dio a mí la Iglesia.

Conque, bueno, ya el rey, viéndole tan suelto, le dijo:

—¿Tú sabes aquí con quién estás?

Y dice:

—¡Anda, con quién voy a estar! Con unos cazadores.

Dice:

—Y si estuviera el rey, ¿tú le sabrías distinguir de los demás?

Dice:

Yo, no.

Dice:

—Pues, fijate a ver los que tienen sombrero y los que van a pelote. El que tiene sombrero es él.

Y dice el pastor:

—Pues, entonces, si es cuestión de sombrero, o tú o yo.

LAS TRES PAPUDAS

Eran tres hermanas que no sé cómo se llamarían, pero el novio que tenían repartido para las tres se llamaba Gonzalo. Su madre era la que hablaba con él, porque a ellas, como tenían esa voz al hablar (ppappappapa...) que no se las entendía, les había prohibido que hablaran con él, para que no le espantasen. Pero un día se fue a lavar y las dejó solas, y, en esas, que llegó Gonzalo y les dijo:

—¿Qué hacéis? ¿dónde está la madre?

Y ellas, a callar, que no contestaba ninguna. Y él preguntaba y ellas, nada. Hasta que ya, como había dejado la madre la olla a la lumbre con berzas y gorgoriteaba mucho y se salía y Gonzalo miraba, saltó una:

—Destapa la chirigota, que se va la jota.

Y dijo otra:

—¿Pa qué falaste?, ¿non te dijo mi madre que nun falaras?

Y la otra:

—Pos mira, yo que nun falo, pa mí es el chico Gonzalo.

Pero el chico Gonzalo, que las vio hablar así, se marchó y ya no volvieron más a verle el pelo.

EL NIÑO Y LOS LADRONES

Era un niño que quería llevar el almuerzo a su padre, que estaba arando, pero su madre decía que era muy pequeño, que no iba a saber, pero el niño insistía:

—Que sí, que sí, que yo voy.

Total, que la madre le dejó y le preparó el almuerzo para que se lo llevara a su padre.

El niño se echó al camino, pero, al poco, se encontró con una vaca y le cagó y le tapó con la boñiga y tuvo que quedarse allí, sin poder llegar adonde su padre. Pero allí, al lado del camino, había un árbol con mucha hoja y a él se habían subido unos ladrones para repartirse el dinero que habían robado en su última fechoría. Y decían:

—Pa ti veinte, para ti cuarenta, para ti tantos...

Y él, desde la boñiga, decía:

—¿Y para mí?

Y los ladrones, como no sabían quién lo decía, se quedaron contrariados y empezaban otra vez el reparto, porque ninguno se conformaba y todos querían más.

—Pa ti veinte, cincuenta, sesenta —según lo que le correspondiera a cada uno.

Y, otra vez, el niño:

—¿Y pa mí?

Y los ladrones, todo asustados, miraban para todos los lados a ver quien podía ser, y no veían a nadie. Y otra vez vuelta a contar y a repartir.

Y el niño, otra vez:

—¿Y pa mí?

Los ladrones, sobresaltados, cada vez con más susto se pusieron a mirar y vieron que venía por el camino un tropel de gente y se dijeron: “éstos vienen a por nosotros”, y dejaron en el árbol lo robado y se escaparon de allí a todo correr.

Después de un poco pasaron una bandada de palomas y, como en la boñiga había granos de trigo, porque la vaca había comido trigo, se pusieron a picotear el trigo y el niño pudo salir de allí, todo contento, y, entonces, se subió al árbol y se encontró con el dinero que habían dejado abandonado los ladrones.

Su madre, en casa, estaba todo preocupada, porque el niño no aparecía, pero, de pronto, apareció él con unas alforjas llenas de dinero, y dice:

—Mire, madre, lo que traigo aquí.

Y se puso muy contenta, y luego vino el padre y se lo enseñaron al padre y los tres se pusieron muy contentos, y ya el padre no tuvo que trabajar más ni el niño tuvo que llevarle el almuerzo y vivieron muy felices y comieron perdices y a nosotros nos dieron con las plumas en las narices.

NOTAS

(1) “Valores y estereotipos en algunos cuentos costumbristas castellanos de tradición oral”, *Revista de Folklore*, 1995, n.º 172, Valladolid, pp. 127-140.

(2) *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid, 1991, p. 167.

(3) Proceden de otras fuentes distintas de la familia los cuentos: “La devota de San Andrés” y “Brujas en la iglesia”.

(4) “El narrador”, *Revista de Occidente*, n.º 129, 1973, pp. 301-330. WEINRICH, Walter: “Al principio era la narración” en *La crisis de la literariedad*, Taurus, Madrid, 1987, pp. 99-114, habla, al respecto de “desnarrativización”.

(5) *Ibidem*.

(6) El estudio de la primera fue iniciado por el antropólogo EDWARD T. HALL en *The Hidden Dimension*, Garden City: Doubleday, 1966. Para la segunda interesa la obra de FERNANDO POYATOS: *Man Beyond Words: Theory and Methodology of Nonverbal Communication*, New York, State English Council, 1976.

(7) MAUSS, Marcel: *Introducción a la etnografía*, Istmo., Madrid, 1974, p. 215.

(8) COSERIU, Eugenio: "Determinación y entorno" en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Gredos, Madrid, 1973, pp. 282 ss.

(9) Ya apunta esto CAMARENA, Julio: "Introducción" a *Cuentos Tradicionales de León I*, Seminario Menéndez Pidal, Universidad Complutense y Diputación Provincial de León, Madrid, 1991.

Interesa también VELASCO, Honorio M.: "La tradición oral. Textos, contextos, géneros y procesos", en *Antropología Cultural en Extremadura*, Asamblea de Extremadura, Mérida, 1989, pp. 571-585.

(10) Se da el caso de que conservan "ciertas frases formularias" que usan como refranes y que, en realidad, son el broche o sentencia final, proverbial, de algún cuento que son incapaces de reconstituir. Tal sucede con:

"Si de esta saigo y no muero no quero más bodas en el cielo".

"Te conozco bacalao, aunque vengas disfrazado".

"No le arrimes al castaño, no suceda lo de añoño".

(11) MONER, Michel: "La palabra y el gesto: Notas al margen de un cuento inédito recogido de la tradición oral en Santa Cruz de los Cañamos (Ciudad Real)", *RDTP*, 1988, pp. 229-236.

(12) Los cuentos "se cuentan también porque el narrador y sus oyentes se complacen en ello", según apuntan BEALS, Ralph L. y HOJER, Harry: *Introducción a la antropología*, Aguilar, Madrid, 1976, p. 665.

(13) Ver DIAZ VIANA, Luis: "El juglar ante su público. Diversas formas de la actuación juglaresca", *Revista de Folklore*, 1986, n.º 69, Valladolid, p. 99, para quien el "efecto" constituye la "coherencia".

(14) GOODY, Jack: *The Domestication of the Savage Mind*, Cambridge University Press, 1977.

(15) Ob. cit., pp. 309 ss.

(16) SASTRES ZARZUELA, Eladio y ROLLAN MENDEZ, Mauro: *Historias del Sequillo. Carnavales*, Ambito, Valladolid, 1995, pp. 184-185.

(17) *Novelas ejemplares II*, edición de Henry Sieber, Cátedra, Madrid, 1983, p. 304.

(18) "Valores y Estereotipos...".

(19) Ver SCHMIDT, S. J.: *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, Taurus, Madrid, 1990.

(20) *El chiste y su relación con el inconsciente*, Alianza, Madrid, 1970. Interesa también HOLLAND, N. H.: *Laughing. A Psychology of Humor*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

(21) No se atribuye esta anécdota, sin embargo, a Quevedo, coincidiendo como coincide con cierta coplilla de su autoría: "Entre el clavel / y la rosa / su Majestad / es coja".

(22) *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Barral, Barcelona, 1974.

(23) *El carnaval*, Taurus, Madrid, 1979, p. 91.

(24) *Problemas de la poética de Dostoiévski*, F. C. E., México, 1986.

(25) *La cultura popular...*, pp. 23 ss.

(26) *Itinerario del entremés*, Gredos, Madrid, 1971, pp. 20 ss.

(27) RAMOS, Rosa Alicia: *El cuento folklórico: una aproximación a su estudio*, Editorial Plegos, Madrid, 1988, p. 27. Para esta estudiosa, es la degradación y la unidad de acción lo que da a este tipo de cuentos su tono humorístico y su carácter distintivo.

(28) *Folklore y literatura: el cuento oral en el siglo de oro*, Crítica, Barcelona, 1978 y *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, 1949, respectivamente.

A este cuento, que en otras versiones castellanas es conocido como "Cabecita de ajo", se le cataloga entre los "cuentos de magia" en el índice de Aarne-Thompson. RODRIGUEZ ALMODOVAR, Antonio: *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito*, Universidad de Murcia, 1989, lo considera, sin embargo, dentro de los cuentos de costumbres.

(29) Aunque el informante afirma en su versión que esta anécdota obedece a un hecho real, ello no sería más que efecto de la "ubicación" realista, dentro de una geografía conocida, que se realiza muchas veces con estos cuentecillos. *850 en la catalogación de BOGGS, Ralph S.: *Index of Spanish Folktales*, FFC, 90, Helsinki, 1930. Sólo se conocen versiones en Asturias y León, lo que hace creer a JULIO CAMARENA: *Cuentos tradicionales de León*, ya citado, que es propio del noroeste peninsular.

(30) Este motivo del hijo prematuro es materia folklórica con utilización literaria (Juan de Timoneda, Lope de Vega, López de Ubeda...) según ha mostrado CHEVALIER, Maxime: *Cuentos folklóricos españoles del siglo de oro*, Crítica, Barcelona, 1983, p. 200. Recoge otra versión JULIO CAMARENA, op. cit., en Luyego de So moza. Creemos que esta muestra supera a todas ellas en dinamismo expresivo y en ingenio.



LAGARTIJAS, LAGARTOS Y CULEBRAS POR LA TIERRA MADRILEÑA: RIMAS Y CREENCIAS

José Manuel Fraile Gil

Tras un trabajo dedicado a la golondrina, a sus rimas y canciones en los pueblos madrileños (1), retomo ahora el hilo conductor que hilvane una serie de artículos sobre los animales libres más cercanos al hombre (2). Esta cercanía ha hecho gozar a algunos de ellos de su consideración y estima al liberarle de ciertos parásitos y sabandijas poco agradables, así cigüeñas y golondrinas son personajes habituales en los juegos y retahílas infantiles; otras veces por tratarse de seres inofensivos, son también cantados por los pequeños: caracoles, mariquitas, grillos...; pero los protagonistas de estas líneas son denostados implacablemente por un atávico terror ante aquello que se arrastra.

Mientras que la civilización clásica personificó en la serpiente el espíritu de la tierra y la sabiduría ancestral, la cultura judeo-cristiana descargó en el reptil la responsabilidad de un pecado que, por original, pesa sobre la humanidad entera. Cuando en el Génesis (3) se trama la expulsión del Paraíso, son Eva y la serpiente quienes se encargan de arrastrar a Adán a la perdición del género humano; desgraciadamente este reparto de papeles se ha mantenido durante siglos en el subconsciente colectivo, ni la mujer ni el reptil salieron muy bien parados. De ahí, que para los cristianos, María simbolice la victoria sobre el maligno cuando muchas veces se la representa, en la apoteosis de su triunfo, pisoteando a la serpiente-dragón (Vers. 15 *Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo, éste te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañar*).

Así se la retrata en diversas manifestaciones de la poesía popular. En el área madrileña hay algunos mayos a la Virgen que introducen en sus estrofas el asunto de la sierpe pisoteada, veamos un par de ejemplos:

*Debajo de los pies
tienes la serpiente
con esa manzana
que peca la gente*

(Velilla de San Antonio) (4)

*A tus plantas tienes
¡Oh, Virgen María!
rendido al demonio
que nos oprimía*

(Perales de Tajuña) (5)

Aunque a veces asociados en la imaginación popular, pues son muchas las personas que afirman: *cuando se ve al lagarto anda cerca la culebra*, repasemos por separado algunas de las creencias más comunes que sobre estos animales corren por los pueblos madrileños.

Conocemos por los lagartos y lagartijas que gozan, en general, de mucha más simpatía entre las gentes que la culebra. Sin duda el hecho de asimilarse al hombre, por su género y por la forma fállica del cuerpo, le ha granjeado al lagarto las simpatías del pastor y del campesino.

Una antigua cosmogonía, aplicada a la Creación, debió circular por el medio rural en los pasados siglos. Lo digo porque en dos núcleos bien arraigados en su modo de vida y a la par harto alejados entre sí he recogido versiones madrileñas; permanecen además en la memoria de dos mujeres analfabetas y de edad muy avanzada. La primera fue recogida entre las peñas serranas de Valdemanco:

Cuando Dios preguntó a tos los bichitos si iban a ser malos, si iban a ser güenos, la preguntó a la culebra, dice:

—¿Vas a ser mala?

—Yo sí.

—Pues a rastras te verás.

Y así es, que a rastras andan. Luego le preguntó al lagarto:

—¿Tú vas a ser malo?

—Yo si me hacen, haré, si no, no.

—Patitas tendrás (6).

La segunda versión me la dictó una antigua espartera en Villarejo de Salvanés:

Mire usted, a tos los bichos les preguntó el Señor: Si te ofenden, ¿vas a defendete? Unos decían que no, otros que sí, y le llegó a la serpiente, dice:

—¿Y tú?

—Yo si me hacen, hago, y si no, también.

—Pues a rastra.

Como la culebra, verdá usted. Y el lagarto dijo:

—*Si me hacen, hago, si no, no.*

—*Bueno, pues tendrás patillas* (7).

En algunos lugares de Europa esta afinidad entre el varón y el lagarto llega incluso a dar nombre a la bestezuela, así *ami del homo* en el Valle de Aosta, *salva uomo* en los Alpes, o *salva cristiano* en la Lombardía. Por toda España está muy difundida la idea de que el lagarto despierta al hombre dormido, cosquilleándole en los dedos o en las orejas, para advertirle de la presencia cercana de alguna culebra venenosa (Casarrubuelos, Robledondo, El Berruoco, La Acebeda). Pero esta simpatía del lacértido hacia los machos conlleva implícito un odio cerval por las mujeres, a las que intenta siempre agredir sexualmente; son muchísimos los refranes y cantares que comparan al lagarto con el miembro masculino, así:

*Remendado calzones
dijo una moza
¡Quién pillara el lagarto
que aquí retoza!*

(Estremera de Tajo) (8)

.....
—*¿Dónde llegamos, hermanos*
—*A la guseta*
—*No se llama la guseta,
que se llama boca tragalagarto.*
—*¡Oh boca tragalagarto,
oh botón de mi vestido...*

(Villabragima, Valladolid) (9)

Piensen las gentes además que el lagarto puede averiguar con su potente olfato cuándo una mujer está menstruando; si esto acontece, sólo acercándole un pan caliente se le puede desprender de la mujer agredida: *Eso pasó aquí, en el río, fueron a lavar unas cuantas mujeres, que siempre iban varias para entretenerse. El caso es que una estaba mala y se conoce que el lagarto lo olió y se la pegó. Gracias que pasaron por allí con un carro que llevaba pan caliente y con un pan se lo quitaron.* (Guadalix de la Sierra) (10).

Veamos otro testimonio:

El lagarto es más enemigo de la mujer que del hombre, porque es que el lagarto... ¡coño, mi mujer misma! Fueron una vez unas mujeres a coger yerbas, porque es que antes se iba por ahí a coger yerbas pa los cerdos, cardillos y cosas de esas, y había una señora que tenía el perioro, y escapó tras de ella y si no hay quien la auxilie... pues que le echa mano. Ellos, según se ve, por el fato o por lo que sea, les da el fato ese. (Robledillo de la Jara) (11).

Se cazaron mucho los lagartos para saciar el hambre. Para ello se utilizaron largos y curvos ganchos de hierro a introducir en sus madrigue-

ras, mientras se increpaba al bicho con exhortaciones como ésta:

Lagarto, lagarto, si sales te parto.

(Robregordo de la Sierra)

Y como el animal, al verse acusado, hace frente a su agresor y enseña a veces unos picudos y afilados dientes, se procuraba lanzarle alguna prenda de vestir a fin de que la mordiera y, al tirar fuerte y repentinamente de ella, perdiera sus dientes. En este sentido hay una curiosa creencia, el animal morderá cualquier superficie alargada que se le acerque a la boca, excepción hecha del dedo corazón: *...él estaba con la boquita abierta, con la boquita abierta y a cualquier dedo que fuera, o a un palo que le pusiera, se enganchaba. Pero usted le ponía así el dedo corazón y en el dedo corazón no se prendía, ahí no había nada que hacer. Eso lo he comprobado porque lo he hecho yo.* (Robledillo de la Jara).

La hermana pequeña del lagarto, la simpática lagartija, es sinónimo de vivaracha alegría. Su pequeño tamaño, sus colores brillantes, su dieta a base de molestos insectos y, sobre todo, su desvergüenza ante el hombre la han hecho ser bien vista por las gentes. Claro que los niños, incansables hostigadores de todo lo que se mueve, han puesto en ella muchas veces su instinto un tanto sádico. Es frase corriente, refiriéndose a una persona inquieta, la de *está hecho de rabo de lagartija*. Y es que su apéndice caudal sigue en movimiento aún después de amputado. Por cierto, que ese movimiento convulsivo del rabo cercenado, piensan los niños que son maldiciones e insultos que les lanza el animalito atacado.

Ya en las paredes semiderruidas, ya entre las peñas soleadas, las lagartijas calientan su frío cuerpo en los meses estivales; si bien, ante el menor atisbo de movimiento, huyen a ocultarse en las grietas y oquedades. Es entonces cuando los niños, armados muchas veces de una varita, golpean los agujeros repitiendo unas retahílas con las que se aseguran la salida del animal al instigar su curiosidad. Estas rimas, frecuentes en todo el norte peninsular, tienen un antecedente antiguo que recogió ya Correas en el siglo XVII:

*Sal, lagartixa
que matan a tu hixa
sal al sol, sal
que te la llevan a quemar* (12)

Y además el maestro Correas nos adoba los versillos con el siguiente comentario: *Dizen esto los chiquillos buscando lagartixas entre las piedras.*

Muchas son las denominaciones con que este animalito es conocido: sargantanas (Cataluña y Aragón), legaternas y lechiternas (Burgos), llagartexas o tsagartexas (Asturias), lagartiñas (Gali-

cia), lagartesas (Cantabria), gartexas (sefardíes de oriente)..., y en Madrid lagartijas, si bien hay ciertos localismos del nombre tales como *legartija* (La Somosierra toda) y *logartija* (Fresnedillas de la Oliva y acaso en todo El Guadarrama). Pero volvamos a las cantinelas que exhortan a los bichitos a salir; se pretende conminarles con diferentes argumentos: ya comunicándoles el trágico fin de sus parientes cercanos (como en la rima de Correas o como en el caso de muchas que perviven en el norte peninsular) (13); ya haciéndoles saber el peligro que corren ellas mismas si no abandonan su escondite. A este último grupo pertenecen los dos ejemplos madrileños que citamos a continuación:

*Legartija tuerta
asómate a tu puerta
que viene Juan Blanco
con un gorro blanco
y viene diciendo
que te va a matar
con una espada alante
y un cuchillito atrás.*

(Gandullas) (14)

Merece la pena decir dos palabras sobre este Juan Blanco, personaje que aparece en el norte peninsular con diferentes advocaciones. Así en el occidente Astur es sinónimo de *nubeiro* (personaje mitológico asturiano que desencadena tormentas si se lo propone); lo encontramos mencionado en un conjuro contra la niebla:

*Escampla, nublina, escampla
de vatse en vatsina
regueiros abaxu
canales arriba
que ahí vién Xuan Blancu
jurando y botando (15).*

Con otro sentido aparece mencionado también, entre otros personajes de la imaginación popular, en la obra de Montoto (16).

El siguiente conjuro se articula ya con el segundo tipo de versiones, las que excitan a la salida mencionando una enorme cantidad de grano o sal:

*Legartija, tija, tija
sal a tu puerta
que viene tu marido
con un costal de trigo
y viene diciendo
que te va a matar
con un cuchillo alante
y otro atrás.*

(La Acbeda) (17)

Los conjuros en los que el trigo sirve de señuelo son el grupo más numeroso. Aparecen por toda la mitad norte de Madrid que, dicho sea de paso, es

la única zona de la provincia en la que he encontrado rimas sobre las lagartijas. Veamos algunas que, como en ésta de Somosierra, añaden al alimento el regalo de la música:

*Legartija tuerta
sal a tu puerta
que viene tu marido
con un costal de trigo
que viene tu agüela
tocándote la vigüela
¡que te den, que te den,
con el rabo la sartén! (18)*

El último verso indica la acción que los muchachos realizan cuando, armados con sus varas, golpean los escondrijos; veamos otro ejemplo:

*Legartija tuerta
sal a tu puerta
que vie tu marido
cargado de trigo
¡que le dan, que le dan,
con la pala en el pan!*

(La Puebla de la Sierra) (19)

Y por último, transcribiremos algunas rimas más en las que se exagera la cantidad de trigo que transporta el *lagartijo*:

*Legartija tuerta
sal a tu puerta
que viene tu marido
con un saco de trigo
sal a por él
que no puede con él.*

(Lozoyuela) (20)

Variantes: 3 ab:

*Para hoy, para mañana
para toda la semana.*

(Las Herreras) (21)

3:

*Lagartija, sal
pa que se lo ayudes a llevar.*

(Paredes de Buitrago) (22)

Por último reseñaremos la única versión madrileña en la que la sal es el supuesto regalo para el curioso animal; téngase en cuenta además, que el término sal da pie a un juego de palabras entre el condimento y la exhortación a salir:

*Sal, logartijita,
que viene mariquita
con un costal de sal
¡Sal, sal!
Que se come toa la sal.*

(Fresnedillas de la Oliva) (23)

A veces, las lagartijas que han sido víctimas de los muchachos, regeneran una nueva cola que, cuando aún les queda un resto de la anterior, les hace parecer animales de dos rabos. Estos ejemplares son tenidos por verdaderos talismanes: *Había lagartijas que tenían dos rabos y, si te encontrabas una, tenías buena suerte, te salían las cosas bien.* (El Atazar) (24).

En muchos lugares de España se ha mantenido la creencia de que estos animales, colocados sobre una superficie polvorienta, podían caligrafiar, con su cola, el número de la suerte para el próximo sorteo. Dice al respecto Rodríguez Marín: *...no hay como coger una lagartija, encerrarla en sitio amplio, rociar en parte de él para que coma un poco de harina y leer luego en esta harina como por brújula el número predestinado. El bichillo ha de haberlo garrapateado ul andar por ello* (25).

Pero sin duda, la respuesta que más me sobrecogió, cuando inquiría por historias sobre lagartijas, fue la que me dio una mujer en las faldas de Somosierra: *...Sobre todo no matarlas, porque decían que llevan agua a los muertos.* (Cervera de Buitrago) (26).

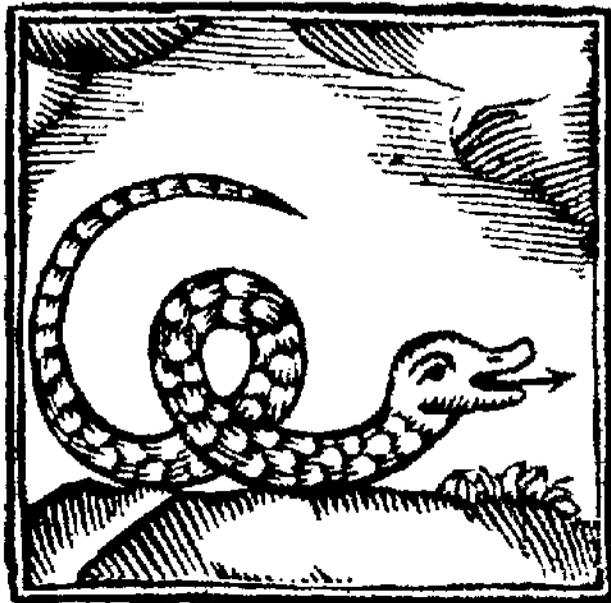
Esta creencia nos lleva a un mundo de ultratumba, de magia y de supersticiones aún poco conocidas, no sé si por poco estudiadas.

Al otro lado del camino que va a Francia recogí unos informes sobre hechicería que, ya en el umbral del siglo XXI, no dejaron de asombrarme: *...y para la rija era la lagartija, la rija, esto que hay aquí donde nace el ojo. Mi suegra tenía una, una rija, y entonces un primo la cogió una lagartija y la metió en un alfiletero (¿sabes lo que es un alfiletero?, donde se metían las agujas); ahí metieron a la lagartija y de la forma que se diseccó la lagartija se la fue quitando la rija, y se murió y nunca la volvió a salir. El alfiletero había que llevarlo consigo, que ella lo llevaba en la faldiguera, de aquéllas que llevaban las mujeres, y había que meterla en el alfiletero con la cabeza pa'abajo, pero que estuviera viva.* (La Acebeda) (27). Este tipo de curaciones basadas en el concepto de magia simpática son muy frecuentes en la medicina popular y se manifiestan con suma vitalidad en la curación de las verrugas o *clavos*, se usan para ello bolas de enebro (El Berrueco, La Acebeda), corteza de tocino (Fuentidueña de Tajo) o nudos en la retama (Estremera de Tajo); cuando todo ello se seca las verrugas desaparecen.

Seguramente relacionado con el ejemplo de La Acebeda, pero mucho más confuso en su relación, me refirieron un caso en El Berrueco. Al parecer, un señor de Madrid llegó hasta aquel pueblo ofreciendo una cantidad de dinero a cambio de un lagarto vivo; se trataba, según refirió el señor, de

curar a un hijo suyo herniado: *...se llevó el lagarto, nos pagó, pero no supimos cómo le iban a curar, sólo que el lagarto tenía que estar vivo* (El Berrueco).

Pero volviendo a la lagartija, protagonista de estas líneas, dice de ella Carmen Baroja, en relación con los amuletos y la magia: *...Asimismo se usaron, con ese mismo fin, nueces cerradas con cera, generalmente de tres costuras; y esferas llenas de azogue o con arañas y lagartijas dentro, animales muy usados contra hechizos y ligaduras* (28).



La culebra, llamada casi siempre *la bicha* en tierras madrileñas, por evitar hasta el nombrarla, es en el universo entero misterioso objeto de veneración o de repulsa, pero siempre de interés. La maldición bíblica: *...maldita serás entre todos los ganados y entre todas las bestias del campo, te arrastrarás sobre tu pecho y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida* (29) contrasta con el texto que, líneas arriba, ya hemos visto en dos versiones. Para la cosmogonía tradicional la culebra repeta para castigar su mal instinto; no hay mayores complicaciones.

Resulta curioso que mientras en la Biblia Dios pone *eterna enemistad* entre la mujer y la sierpe, en el código tradicional, éstas se identifican frente a la pareja opuesta hombre-lagarto. En muchas obras se menciona esta amistad; veamos un ejemplo tomado de la novela costumbrista del siglo XIX. En *El Niño de la Bola* el cura Don Trinidad reprende al protagonista, tempranamente enamorado diciéndole: *...pero no quisiste hacerme caso y el resultado lo estás viendo, ¡temprano empiezan a gustarte las amigas de la serpiente!* (30). Toda una serie de creencias supersticiosas se entretajan alrededor de este extraño animal y es, precisamente

con las mujeres, con quienes se le emparenta en una relación imposible científicamente hablando. Por más que los zoólogos insistan en que la boca de la culebra está incapacitada para succionar la leche, los campesinos de toda España afirman, con nombres y apellidos como vemos, haber oído e incluso presenciado este fenómeno. Ya sea de las cántaras de leche puestas a serenar (Somosierra), ya de las vacas: *...las culebras maman a las vacas y el choto se queda muy cansino y no promete, y como la culebra se bebe a la vaca, no la deja* (31) (El Berruoco); ya, en fin, de las propias madres que amamantaban a sus hijos. Hay elementos comunes a estas historias todas, la ceniza por la que se adivina el rastro sinuoso, o el rabito del reptil colocado en la boca del niño para evitar su llanto. Veamos algunos ejemplos de los muchos que hemos escuchado por toda la geografía madrileña: *...eran casas viejas y estaban a la salida del pueblo y la madre estaba criando al niño; estaban las mujeres al sol y a la madre la daba mucho sueño, y la daba mucho sueño—María se llamaba—y decían las mujeres: y...esta mujer que tos los días, que tos los días se mete a casa porque la da mucho sueño. Entonces ya notaron que el niño se quedaba muy delgado, y ya las vecinas, que ya lo observaron, pues echaron ceniza por alrededor de la cama y vieron que era una culebra. Eso lo vigilaron en guerra (Guerra Civil, 1936-39) y los mismos soldados de la guerra fueron y mataron la culebra. Vieron que la estaba mamando y el rabito de la culebra le tenía en la boca del niño para que no llorara; la madre tenía un sueño tan terrible que no sentía nada. Y la mataron la culebra y... ¿sabe qué hicieron?, la cogieron los soldados y la abrieron, y tenía una tripa de leche, que pa qué. La abrieron, la lavaron bien en el grifo de la fuente y se la comieron, y dicen que es el mejor pescado. (La Puebla de la Sierra) (32).* Como vemos el mito aparece claro, bien definido, gozando de una vitalidad extrema que le hace vivir en docenas de relatos salpicados de nombres, fechas y lugares bien concretos. Veamos otro recogido en la sierra oeste de la provincia: *...y a las madres que tienen niños, sí señor. Florentino Villena tenía una pastora, que el marido era pastor del señor Florentino, que vivían en la dehesa, en un pajar. Pues resulta que tuvo dos niños, uno le tendrían a lo mejor este año y otro cuando fuera, pero vamos, en lo que estuvo allí tuvo dos niños. Dice que muy encanijados y decían: pero bueno, esta mujer... pero si dicen que tié mucha leche y que toda la noche se la lleva mamando el niño y ¡qué encanijados están! Cuando dicen: no vaya a ser que te esté mamando una culebra y creas que es tu muchacho. Dice: y, ¿cómo puedo saberlo yo eso? Dice: anda, pues echando ceniza, tú echas ceniza y sabes si ha pasado la culebra o no. Lo echó y efectivamente. La primer vez, no la pudieron apañar, no la pudieron coger, pero después ya sí. (Robledondo) (33).*

El gusto de estos ofidios por la leche de cualquier tipo es tan grande que, cuando una culebra se ha alojado en el intestino de una mujer, no hay sino colocar entre sus piernas un recipiente con leche para que, a su olor, el animal salga de su entraña (Brea de Tajo).

Otra creencia mucho menos extendida en el ámbito madrileño, pero bien representada en el noroeste peninsular, es la del hombre que, compadecido de la culebrilla, la alimenta y es al fin devorado por ella. Se trata en realidad de un viejo topos folklórico, el del individuo que sustenta un vicio, inofensivo al principio, y causa al fin de su propia muerte. Este lugar común de cuentos y romances fue tratado ya por el Arcipreste en su XIII dama, la monja Doña Garofa, donde incluye el ejemplo del aldeano y la serpiente.

.....
como con una sierpe le pasó al hortelano muy sencillo y sin mal en un día de enero con fuerte temporal andando por su cuenta vio al lado de un peral una serpiente chica, fría y casi mortal con la nieve y el viento, y con la helada fría estaba aquella sierpe de frío adormecida el hombre compasivo cuando la vio aterida compadeciéndose de ella y quiso darle vida abrigóla en su ropa y la llevó a su casa púsola junta al fuego, cerca de buena brasa cuando quiso cogerla, ya repuesta, fracasa pues ella, por un hueco de la cocina pasa el hombre bondadoso dábale cada día de comer pan y leche y de cuanto él comía creció tanto por ello, por el bien que tenía que serpiente muy grande a todos parecía. Venido ya el estío, la canícula entrada salió del agujero iracunda y malvada y comenzó a esparcir veneno en la posada le dijo el hortelano: vete de este lugar no hagas aquí daño, se quiso ella vengar abrazólo muy fuerte, casi lo llegó a ahogar cruelmente apretaba, airada, sin parar. En dar por miel veneno, complácese el mezquino y en dar penas por frutos al amigo y vecino (34).

Veamos como subsiste en la sierra madrileña la historia glosada por Juan Ruiz, tomaremos dos ejemplos: *...yo he oído contar que antiguamente vivía por ahí un cabrero y tenía una culebra que la llamaba María y tos los días la ordeñaba, en una pila de piedra, la ordeñaba la leche a la culebra, y tos los días la llamaba y iba. Y él se fue a la mili. Y luego ya, como antes tardaban dos o tres años de volver, pues volvió y fue allí. La llamó a la culebra, vino, y se le enroscó en el pescuezo y le ahogó. (El Berruoco) (35).* El segundo relato es el siguiente: *...Un chiquito tenía un enfriadero de la leche, y*

iban a meter los cántaros a enfriarse por la noche, a meterlos en el agua. Y entonces venía una culebrita, y él la empezó a echar un poquito leche, y la llamaba mi chiquita. Mi chiquita, mi chiquita, pues cuando ya era la hora de la leche iba la chiquita. Mira por donde se marchó a la mili él y claro, no dijo a nadie lo que estaba haciendo con la chiquita, el caso es que se bebía la leche. Bueno, pues cuando vino de la mili dice él: ay, pues la voy a llamar, si está por aquí, verás como viene. La empezó a llamar: chiquita, chiquita. Salió y dice que se fue a él, que ya era muy grandona, grandísima, se le empezó a arrollar y le asfixió. (Robledondo) (36).

Créese también a pies juntillas que las culebras crían pelo. Si bien es cierto que en algunas zonas, especialmente en el sureste de la provincia, piensan que el pelo aparece cuando el animal es viejo, lo cierto es que son muchos los campesinos que me aseguraron haber visto el fenómeno. Esta idea está presente en muchas regiones de España. En Mallorca creen que el pelo aparece en los animales que llevan siete años en la isla (37); mientras que en el Pirineo aragonés se cree que la culebra que tiene un pelo en la cabeza es portadora de una piedra preciosa (38). He aquí una descripción tomada a orillas del Tajo: ...Iba yo caballera en la burra y salió una culebra y hincó la cabeza en el suelo, pero no me acobardé porque estaba allí el pastor y le dije: haz el favol de venil que me está avasallando una culebra aquí, a la berrica y a mí. Entonces llegó él con la garrota y cuando ella levantó pa'arriba la cabeza, que es cuando van a picar, ¡zas!, y la dio: Y tenía un pelo así de largo la culebra ya (y señaló a su mano abierta) porque era vieja ya. (Brea de Tajo) (39). Veamos ahora dos ejemplos de tierra serrana: ...mi abuela saltó del molino y entonces, por lo que se llama el caz, lo que es el caz, donde cae el agua de los rodeznos, salió la mujer corriendo, porque vio un fenómeno, una culebra grandísima con cliques como una yegua, pero pa'arriba. Venía del caz pa'arriba, pero no era de agua, era de terreno. (La Acebeda) (40). ...En el Güerto Las Navazuelas la vieron en una zaucera (mimbrera); fueron a segar al Prao la Manzana y le dio gana de hacer de cuerpo al que fuera, viene y dice: uy, si vierais lo que he visto, una gorrinita con una tanda jatos, pero es diforme, es diforme. Y, ¿qué era?, que estaba tumbá la culebra y hacia un cerco, y tenía unas cornijas de pelo como una persona, y era como una faja de larga (Robledondo) (41). Está muy extendida también la idea de que la sierpe es capaz de hipnotizar, no sólo pequeñas aves, sino incluso a bestias de carga y al propio hombre. Así nos describía el fenómeno un Labrador víctima de esta hipnosis: ...iba yo un día arando con la pareja, con las vacas y iba ligero, que me gustaba arar ligero, cuando se

para la pareja en seco, pero pará radical, y yo, ¿qué pasará aquí?, y con la vara ¡zas! Cuando la yunta pegó el apretón salió una culebra..., que era la que las tenía parás. Pero es que a mí me ha pasado. Ibamos un primo mío y yo atapando una paré (se refiere a una pared de piedras sueltas en el campo), yo llegar a coger una piedra y yo ya no poder hablar; y mi primo, ¿qué te pasa, qué te pasa?, y nada, sin poder contestar. Entonces él se dio cuenta que había una culebra delante mía, mu verde, con la cabeza levantá hacia mí. Entonces ¿qué hizo?, la tiró una piedra y en cuanto se fue, yo ya normal. (El Berrueco) (42).

Veamos ahora dos relatos en los que los pequeños animales son víctimas del poder ejercido por la culebra ...sí, sí, los enclisan las culebras a los pájaros; están así mirándolos y el pájaro que no se puede mover (Robledondo) (43) ...Cuando estaba tirá la casa el cura, que t'alcordarás tú, un gato estaba allí y venga a mayar, venga a mayar. ¿Qué le pasará al gato?, ¿qué le pasará al gato?, hasta que van a ver, y una culebra. Y estuvo el gato tres días allí, tanto mayar, tanto mayar, que fueron y una culebra le tenía... eso. Apuesto que estaba el gato agotaito. (El Berrueco) (44).

Por fin, para ir terminando, hablaremos sobre el cuerpo de la culebra, que por cierto, creen los campesinos que es refractario a las balas y cartuchos, y de las muchas virtudes medicinales que a él se atribuyen desde antiguo. Covarrubias (1611) decía al hablar de la culebra: ...la culebra está consagrada a Esculapio, así por ser simbolo de prudencia como por tener en sí grandes provechos medicinales en el pellejo, en la carne, en la enjundia (45). Este principio se asienta en la idea de que cualquier animal venenoso debe portar en sí mismo un fuerte contraveneno, pues de no ser así él mismo moriría víctima de su ponzoña.

Despabilada de su letargo invernal, la culebra vuelve al mundo de los vivos arrullada por el tibio sol de primavera. Casi lo primero que hace es despojarse de su antigua piel que dejará en cualquier angostura del campo. A este hecho, que desde antiguo fascinó al hombre llaman *muda*, y *camisa* al despojo abandonado. Estas camisas fueron recolectadas ávidamente por los campesinos de España entera. Más tarde, guardadas en bolsitas de lienzo, constituyeron la base de un sinfín de remedios medicinales y de prácticas mágico-religiosas sin cuento. En 1904 Blasco Ibáñez insertaba en una obra de ambiente rural andaluz el siguiente párrafo al hablar de los yegüeros y boyeros: ...buscaban las pieles viejas de culebra, abandonadas entre los guijarros al cambiar de envoltura el reptil, y festoneaban los caños de las fuentes con estos pellejos oscuros atribuyendo a su ofrenda influencias misteriosas (46).

En tierras madrileñas estas *camisas* sirvieron, cortadas en pedacitos y untadas con miel (El Atazar) o aceite (La Puebla de la Sierra), para sacar las astillas y espinas que se encontraban. Fritas daban un aceite que, como el *oli de serpe* mallorquín, curaba *diviesos* y *golondrinos* (Guadalix de la Sierra). Atada como diadema alrededor de la cabeza, liberaba a su portador de jaquecas y dolores (Extremera y Brea de Tajo). Y por último, puesta como gargantilla aliviaba el mal de anginas (Villacoñejos) (47).

Los animales también se beneficiaban con sus propiedades; cuando una bestia de carga se resfriaba, se le daba a comer una *camisa* enrollada a un mendrugo de pan (Extremera y Brea de Tajo) y conste que las *camisas* que tuvieran pelo eran las más efectivas. Otras veces se sahumbaba el hocico del animal con *camisas* puestas sobre ascuas (Villarejo de Salvanés). Se aplicaron también, troceadas y revueltas en la comida, para evitar el celo de las cerdas: *...a los gorrinos que estaban en engorde se la echaban picá y con eso las gorrinas, pues no saltan a macho (Lozoya del Valle)* (48). Y por último, creen en la Sierra Oeste que las vacas que han comido víboras, lejos de sufrir daño, están más lustrosas.

Pero el relato más sobrecogedor al respecto, donde verdaderamente pervive la descripción de Covarrubias, nos lo dio una mujer de la Puebla: *...mi padre, que en paz descanse, iba por ahí mucho a segar el campo arriba. Y había un señor que era muy rico, y no tenía más que un hijo, y aquel hijo que tenía, pues tenía un cáncer en la nariz y ya no sabían qué iban a hacerle al niño pa que se le quitara el cáncer. Y que fue una señora muy pobre que estaba pidiendo, y le dijo al padre: si ustedes hacen lo que yo les mando, el niño se cura. Entonces la señora ancianita, aquella que iba pidiendo, les dijo: si van ustedes al campo y cogen una culebra, la matan y le hacen una sopita al niño, con los trozos de la culebra los ponen a cocere, y al niño le hacen comerse la sopa, y después de que se coma la sopa le hacen comerse la carne, y así bastantes días, hasta que el niño mejoró que se le quitó el cáncer de la nariz. (La Puebla de la Sierra)* (49).

Muchos viejos labradores me aseguraron haber oído, en las tardes que barruntan lluvia, el canto de las culebras; cantar que definen como parecido al de las ranas, pero más recio. Alguno de ellos en su juventud llevó a gala tener su *cachaba* forrada con la piel multicolor de una *bicha*. Por último, me señalaron como el mejor escudo contra culebras y lagartos, rodear la choza, la casa, o la porción de tierra donde uno duerme, con cebollas, pues afirman que su olor resulta repulsivo para estos animales.

En estos trabajos de campo siempre tiene uno, y más en estas tierras, la sensación de llegar tarde. Acaso una generación antes, recuerdos que hoy son sólo ecos hubiesen tenido voz propia. Pero aquí quedan recogidos los relatos que el tiempo se encargará de borrar en muy pocos años; para que su estudio sea posible cuando la voz se apague, conviene dejar aquí el testimonio de quienes me ayudaron con su saber.

NOTAS

(1) FRAILE GIL, J. M.: "La golondrina en el cancionero tradicional madrileño". *Revista de Folklore*. Obra Cultural de Caja España. Valladolid, 1991. N.º 167, pp. 166-170.

(2) Materiales sobre este campo de las rimas infantiles de animales aparecen publicados ya en: FRAILE GIL, J. Manuel. *La poesía infantil en la tradición madrileña*. Col. Biblioteca Básica Madrileña. Consejería de Cultura de Madrid. CEYAC. Madrid, 1994. Véase c. capitulo 6B, pp. 181-194.

(3) Los epígrafos que aquí nos interesan aparecen en el Génesis, cap. I, versículos 1-15.

(4) GARCIA MATOS, Manuel. *Cancionero Popular de la Provincia de Madrid*. Ed. Instituto de Musicología-CSIC. Barcelona-Madrid, 1952. Vol I, p. 166.

(5) FRAILE GIL, José Manuel. *El mayo y su fiesta en tierras madrileñas*. Col. Biblioteca Básica Madrileña. CEYAC. Comunidad de Madrid. Consejería de Educación y Cultura. Madrid, 1995, p. 168.

(6) Narró Mercedes Serrano San José de 90 años. Grabado por J. M. Fraile Gil y M. León Fernández el día 15 de octubre de 1994 en Valdemanco.

(7) Informes dados por Gabina Díaz Garnacho de 90 años de edad, natural de Villarejo de Salvanés. Fueron recogidos en Villarejo el día 4 de marzo de 1995 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández y R. Cantarero Sánchez.

(8) Informes dados por Isida Camacho Torcajo, nacida en Extremera de Tajo en 1927.

(9) DIAZ GONZALEZ, Joaquín: *La cultura oral. Folklore de Valladolid*. Ed. Centro Etnográfico de Documentación. Excma. Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid, 1989. Informante: Leovigildo Pérez. Cuando se trate de localidades pertenecientes a la provincia de Madrid, no haremos constar la provincia.

(10) Informes dados por Valeriana Gil Rubio, nacida en Guadalix de la Sierra en 1927.

(11) Informes dados por Máximo Redondo Acevedo de 86 años de edad, nacido en Cabanillas pero criado en Robledillo. Recogidos por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y S. Alonso de Martín, el día 12 de octubre de 1994.

(12) Del *Vocabulario* de Correas (p. 267 a) la toma en su interesantísima obra: FRENK ALATORRE, Margit. *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*. Ed. Castalia, Madrid, 1987, n.º 2081, p. 1.004

(13) Estas retahílas pueden verse en: AMADES, Joan (Para Cataluña) *Folklore de Catalunya*. Vol. II, Cançons. Ed. Selecta, S. A. 3.^a Edición. Barcelona, 1982; BOUZA BREY, Manuel (Para Galicia) "El lagarto en la tradición popular gallega", *R. D. T. P.* de C.S.I.C. Cuadernos 4^o, pp. 531-550. Madrid, 1949; GARCÍA LOMAS, Adriano (Para Cantabria) *Mitología y supersticiones de Cantabria*. Ed. Exuma. Diputación Provincial de Santander. Santander, 1964; LLANO DE ROZA AMPUDIA, Aurelio de (Para Asturias) *Del folklore asturiano. Mitos, supersticiones, costumbres*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos, 4.^a edición. Oviedo, 1983. En todas cuatro encontrará el lector rimas y noticias locales sobre las lagartijas. En la actualidad preparo un artículo-catálogo sobre ritos de animales.

(14) Recitada por María Lobo Sanz, de 87 años, natural de Gandullas. Fue grabada en Gandullas el día 24 de julio de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, S. Weich-Shahak y M. León Fernández.

(15) LLANO DE ROZA-AMPUDIA, Aurelio de: *Op. Cit.* Vid. nota 13. Recogido el 12 de marzo de 1921 en Brañasoca (Cudillero) y en Aguinos (Pola de Somiedo) el 23 de junio de 1921.

(16) MONTOTO RAUTENSTRAUJH, Luis: *Personas, personajes y personillas que circulan por las tierras de ambas Castillas*. Sevilla, 1888. Véase, en la letra J, el capítulo dedicado a los Juanes, p. 20.

(17) Recitada por Victoriano San Araujo, de 74 años de edad, natural de La Acebeda. Fue grabada en La Acebeda el 2 de junio de 1993 por J. M. Fraile Gil, A. Fernández Buendía y M. León Fernández.

(18) Recitada por Francisca San Alvarez de 70 años de edad, natural de Somosierra. Fue grabada en Somosierra el 23 de julio de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández, R. Cantarero Sánchez y S. Weich-Shahak.

(19) Recitada por Elena Nogal Bernal de 69 años de edad, natural de La Puebla de la Sierra (Antes Puebla de la Mujer Muerta). Fue grabada en La Puebla el día 15 de septiembre de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y M. León Fernández.

(20) Recitada por Elisa Velasco Orensanz de 46 años de edad, natural de Lozoyuela. Fue grabada en Lozoyuela el verano de 1991 por J. M. Fraile Gil y M. León Fernández.

(21) Recitada el 13 de noviembre de 1994 por Juana Herranz de 69 años.

(22) Recitada el 30 de octubre de 1994 por Catalina González, de unos 68 años de edad. Fue grabada en Paredes por J. M. Fraile Gil y M. León Fernández.

(23) Recitada por Juliana Botello de 70 años de edad, natural de Fresnedillas. Fue grabada en Fresnedillas el día 25 de febrero de 1996 por J. M. Fraile Gil y M. León Fernández.

(24) Informes dados por Pedro Martín Herranz, de 74 años de edad, natural de El Atazar. Se grabaron en El Atazar el día 12 de octubre de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y S. Alonso de Martín.

(25) RODRIGUEZ MARÍN, Francisco: *Burla, burlando. Memorias de varla, leve y entretenida erudición*. Madrid, 1914. Vid. Cap. 21: "Las supersticiones del juego". Otros autores que citan este asunto de la lagartija y la lotería son: ALVAREZ CURIEL, Francisco y MORETA LARA, Miguel A.: para Andalucía: *Supersticiones populares andaluzas*. Ed. Argubal, Málaga, 1993; CABAL, Constantino, para Asturias: *La mitología asturiana: los dioses de la muerte, los dioses*

de la vida, el sacerdote del diablo. Ed. Instituto de estudios Asturianos. Principado de Asturias. Oviedo, 1983; RUBIO GAGO, Manuel T. y RUA ALLER, Francisco: para León: *La piedra celeste, creencias populares leonesas*. Col. Breviarios de la Calle del Pez, n.º 13. Ed. Diputación Provincial de León. León, 1986. Véase también, para Galicia: BOUZA BREY: *Op. cit.* Vid. nota 13.

(26) Informes dados por Paula García García de unos 60 años de edad, natural de Cervera de Buitago. Se grabaron en Cervera el día 15 de septiembre de 1994 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y E. Santarero Jiménez.

(27) Informes dados por Victoriano Sanz Araujo de 76 años de edad, natural de La Acebeda. Fue grabado en La Acebeda el 26 de mayo de 1995 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y M. León Fernández.

(28) BAROJA, Carmen: *Trabajos y materiales del Museo del Pueblo Español*. Madrid, 1945. Vid. cap. V: "La luna, la castaña, el corazón, chupadores cromáticos, mecallas de Santa Elena, campanillas, sirenas".

(29) *Génesis* 1-14.

(30) ALARCON, Pedro Antonio de: *El niño de la bola*. Librería general de Victoriano Suárez. XXII edición. Madrid, 1943. Cap. 7: "Varias y diversas opiniones de Don Trinidad".

(31) Informes dados por Eugenio Isabel Torralba, de unos 72 años de edad, natural de El Berruoco. Se recogieron en El Berruoco el día 10 de junio de 1995 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández y S. Weich-Shahak.

(32) Informes dados por Mónica García Suárez de 77 años de edad, natural de La Puebla de la Sierra (antes Puebla de la Mujer Muerta). Fue grabada en Paredes de Buitrago el 29 de abril de 1995 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y M. León Fernández.

(33) Informes dados por Florencia Angeles García Martín de 56 años de edad, natural de Fresnedillas de la Oliva, pero criada en Robledondo. Se grabaron en Robledondo el día 19 de marzo de 1995 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández, V. Herberos Heras y R. Cantarero Sánchez.

(34) JUAN RUIZ, ARCPRESTE DE HITA: *Libro del Buen Amor*. Ed. Castalia, 4.^a edición. Madrid, 1965. Edición a cargo de María Brey Mariño.

(35) Informes dados por Juliana García Encina de 69 años de edad, natural de El Berruoco. Fueron grabados en El Berruoco el día 10 de Junio del 95 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández y S. Weich-Shahak.

(36) Vid. nota 33.

(37) GARRIDO, Carlos: *Mallorca Mágica*. 2.^a edición. La isla de la calma. 1988. Vid. cap. "El poder de la serpiente", p. 58.

(38) HISON HUGLET, José: *Algunos aspectos del estudio etnográfico de una comunidad rural del Pirineo aragonés oriental*. Ed. C.S.I.C. Zaragoza, 1984. P. 198.

(39) Informes dados por Basilia Martínez Gárgoles de 77 años de edad. Fueron grabados en Estremera de Tajo el día 5 de marzo de 1995 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández y R. Cantarero Sánchez.

(40) Vid. nota 27.

(41) Vid. nota 33.

(42) Vid. nota 31.

(43) Informes dados por Aurelia Martín García de 64 años de edad, natural de Robledondo. Fue grabado en Robledondo el día 25 de marzo de 1995 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso y M. León Fernández.

(44) Vid. nota 35.

(45) COVARRUBIAS Y OROZCO, Sebastián de; *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611. Manejo la reedición de Castalia, Madrid, 1995. Voz *Culebra*, p. 382.

(46) BLASCO IBAÑEZ, Vicente: *La Bodega*. Ed. Aguilar, octava edición. Madrid, 1972.

(47) Informes dados por Agustín Ruiz Sánchez de 51 años de edad, natural de Villacanejos. Se grabaron en Villacanejos el día 13 de abril de 1996 por J. M. Fraile Gil, J. M. Calle Ontoso, M. León Fernández y S. Weich-Shahak.

(48) Informes dados por Juan Iglesias Francisco de 93 años de edad, natural de Lozoya del Valle. Se grabaron en Lozoya el día 15 de abril de 1996 por J. M. Fraile Gil, M. León Fernández y J. M. Calle Ontoso.

(49) Vid. nota 32.



UNA BODA DE ANTAÑO. EL HOYO DE SANTA MARINA

Juliana López García

Dice José Saramago que es el olvido y no la muerte lo que apaga la vida y sus señales. No le falta razón al portugués, pues es verdad que aquello que se recuerda permanece siempre vivo. Así la cultura, armazón de tradiciones, puede conformar la identidad de los pueblos y sus gentes, mientras va pasando de padres a hijos, y unos y otros la mantienen viva teniéndola presente y llevándola en la memoria. De esta manera, la sociedad que no olvida sus tradiciones, crece y está viva, pues en esa unión respetuosa de pasado y presente surge siempre un tiempo ilusionado de futuro. Los que hemos conocido otros tiempos tenemos el compromiso de trabajar para el mañana y entregarle a los jóvenes el bagaje de nuestra memoria. Debemos hacerlo sin nostalgia de lo pasado, aceptando el hecho natural de que cada generación aporta al acervo cultural la experiencia de sus propios usos y costumbres. Hacerlo sin reproches, procurando que los jóvenes se enriquezcan conociendo lo que fue, pero animándoles a enfrentar el presente con lo que son. Por eso, en el trabajo que ahora me ocupa, no tengo más pretensión que la de evitar que lo vivido caiga para siempre en el oscuro pozo del olvido. Rescatar de la memoria las emociones sentidas y compartir con los que por razón de su edad no conocieron aquellos años, las alegrías y tristezas de un tiempo que no fue ni mejor ni peor, solamente un poco distinto.

Mi relato intentará ser fiel a aquella realidad, o al menos a lo que es mi recuerdo de ella. No tiene este trabajo más vocación científica que aquella que surge del respeto a la memoria, el contraste de opiniones y el apoyo de unos pocos buenos libros que con ilusión, esfuerzo y el correr de los años hemos ido juntando en casa. Por eso, no está de más pedir a los que se acerquen a este sencillo documento con la intención de juzgarlo, la benevolencia en el juicio que requiere todo trabajo hecho con esfuerzo e ilusión.

LOS PRIMEROS PASOS DEL AMOR: LA MISA, EL PASEO Y EL BAILE

Entre los hilos que formaban la modesta trama de nuestra realidad social, el matrimonio ocupaba un lugar muy importante. La unión sacralizada de hombre y mujer daba sustento al núcleo familiar, base fundamental sobre la que se vertebraba la sociedad. Así pues, la boda suponía un hecho social de relevancia a través del cual se pueden estudiar los usos y costumbres de la comunidad castellana de aquel tiempo.

A partir de que un hombre y una mujer se encuentran y enamoran, dos palabras se repiten constantemente en

sus cabezas: Nunca y Siempre. “No me separaré de ti nunca”, “Te querré siempre”. La manera de hacer realidad ese deseo de perpetuar la relación amorosa entre un hombre y una mujer, por aquel entonces era casándose, pero así como no se puede poner el carro antes que los bueyes, antes de ser esposos un hombre y una mujer debían hacerse novios.

La difícil realidad de la España de la posguerra, pintada con el oscuro del luto y cubierta con el silencio del miedo, no dejaba a los jóvenes de entonces muchas ocasiones para el encuentro. A pesar de todo, la vida pone siempre en la sangre de los pocos años la alegría y la esperanza suficiente para vencer las dificultades, y así los Domingos, durante el paseo por el Palacio, a la salida de la Misa Mayor o en los bailes de las fiestas patronales, se buscaba la ocasión para encontrar el amor.

El Domingo no era día de labor. El mandamiento de santificar las fiestas mediante la celebración y descanso hacía de ese día el mejor de la semana. La misa, dentro de su marcado significado litúrgico, con su antes y su después, era centro de reunión social. Por respeto al día del Señor, pero también por venial coquetería, todos se vestían con la “ropa de los domingos”. El hombre bien afeitado, con su camisa blanca y su chaqueta gastada. La mujer con su mejor vestido, adornada con la casta elegancia que exigía la pastoral: el brazo cubierto, siempre medias y en ocasiones un velo con el que cubrir el rostro. Al repicar de las campanas todos estábamos a la puerta de la Iglesia.

Ya dentro del templo las mujeres y los niños nos sentábamos a un lado, mientras los hombres se sentaban al otro; junto, pero separados por sexos, según era costumbre. Dando gracias al Señor y con la bendición del cura fortaleciéndonos el alma, salíamos a la luz de la calle. Después de misa las amigas, siempre en grupo, caminábamos hasta la Plaza Mayor charlando animadamente y, de la Plaza Mayor bajábamos hasta el Palacio. El Palacio y la Plaza eran los salones del pueblo. Allí, en el mirador que da al río, todo se encontraba. A la quietud del paisaje unos oreaban las conciencias, otros hacían comidilla sobre algún tema mundano y los más disfrutaban del Domingo y del gusto de dejarse ver. Los jóvenes éramos de éstos últimos. Lo recoge el estudio de la Diputación sobre folklore de Valladolid en su canción “Es Tordesillas”, cuando Cristina Badea dice: “con sus trajes tan elegantes al Palacio se van a lucir”. No quedaba otro remedio, tradicionalmente la mujer debía ser escogida por el hombre, de ahí todo ese juego inocente de paseos, idas y venidas esperando a que algún grupo de mozos se acercase con intención de hablar un rato. Otra buena ocasión

para el encuentro entre jóvenes eran los bailes. Entre todos destacaba por su brillantez "el baile de los mantones". Convocado en la Plaza Mayor el día del Torneo del Toru Vega, "el baile de las once" era el más vistoso de los que se celebraban en el pueblo. Las mujeres, vestidas de fiesta, teñían el aire de la Plaza con el garbo multicolor de sus mantones de Manila. Las arracadas, los extremos y las cruces refulgían con su brillo de metal precioso sobre la piel de las tordesillanas. Y por entre las columnas y soportales, jugueteaba el sonido de la dulzaina del Tío Fuso, que recordando al famoso Poncela, desgranaba la melodía de jotas y pasodobles. El baile comenzaba y las mozas, en un ardid de seducción, al vuelo de sus mantones enredaban los flecos en los botones del mozo que más le gustaba, invitándole con el gesto a que la sacara a bailar. Si el joven era decidido aquel baile podía ser el primer paso para el encuentro. Después del baile un garbeo haciendo panda y para combatir el resceo, la falta y dar buen remate a la fiesta: "la parva".

Más adelante, por San Vicente, los mozos con ganas de declararse regalaban a las mozas "cayadas" de caramelo, dulces como el amor. Si el regalo era bien recibido se abría una puerta a la esperanza. Más difícil lo tenían los forasteros. Un sentimiento atávico contra los de fuera hacía que a los mozos del pueblo no les gustase que un forastero "se llevase" a una de "sus chicas". Hacían lo imposible para que el enamorado desistiese de su empeño y solamente cuando se convenían de que había algo más fuerte que su ruda cabezonería, se daban por vencidos. Eso sí, costumbre muy extendida por toda nuestra Comunidad era que el forastero pagara su peaje, "la botifuera", "la entrada" o "el pijardo" le dicen por ahí. En Tordesillas debía convocar a los mozos de la pandilla en una bodega y pagar "la cuartilla de vino". Pagado el tributo al forastero le llamaban por su nombre y era uno más de la panda.

EL NOVIAZGO. LA PEDIDA

Si la pareja congeniaba, gustaba de conocerse mejor y compartían, siempre en pandilla, meriendas junto al río. Los juegos e ilusiones de la juventud. Al caer la tarde, subíamos puente arriba, bromcando unos, enfurruñados otros; quién sabe si ya medio enamorados. Del conocerse mejor al cariño hay poco trecho, y si hay buen corazón del cariño al amor un paseo. El amor era ser novios y para formalizar esa nueva situación hacía falta contar con el permiso de los padres de la novia. La aprobación familiar de la nueva relación era fundamental, pues nada se hacía sin el permiso y consejo de los mayores. Este se expresaba al permitir que el joven acompañara a la chica hasta la puerta de casa, para más tarde y si se ganaba la confianza, cruzar el umbral y, sin abusar del "metimiento", dar las buenas tardes.

Los novios no perdían la unión con la panda. Seguían compartiendo las tardes de gaseosa y baile, las meriendas y las fotografías en grupo sin más pose que la de la

inocencia y la alocada juventud. Tenía que pasar un tiempo para que los novios pasaran del cuchicheo acaramelado de las meriendas con los amigos, al paseo juntos cogidos del brazo soñando una mañana de "siempre y nunca". Un tiempo que parecía menguar angustiosamente cuando se compartía y alargarse hasta el hastío cuando se vivía separado uno del otro. Así, entre angustias y deseos, hastío e inquietudes, los novios decidían dar el siguiente paso y comprometerse por palabras de futuro.



El compromiso y la consiguiente pedida era el camino previo a la boda. Antes, el hombre pasaba el trágala de decirle a su amada que quería casarse con ella para juntos formar un hogar. Era un momento tenso, de fuertes emociones encontradas, y para las mujeres un instante definitivo en el que se veía el final de un sueño para el que habían sido educadas: ser buenas esposas y madres. Dada la noticia a los padres y compartida la alegría en cada casa, se fijaba fecha para "la pedida".

La pedida era el acto protocolario mediante el cual los padres del novio acudían a casa de los padres de la novia para pedir para su hijo, y en presencia de éste, la mano de la novia, también presente en el acto. En la pedida se fijaba la fecha de la boda y se trataban todos los aspectos relacionados con la ceremonia nupcial. Reunión no exenta de solemnidad, se endulzaba con una merienda en la que los novios se intercambiaban regalos. Presentes con los que las familias pretendían dejar clara su buena disposición y mostrar el interés por llevar a buen fin la relación.

La religiosidad, desde siglos atrás, ha impregnado la realidad social de España y, para bien o para mal, bajo este prisma religioso se debe entender la acción de hombres y mujeres. El matrimonio es un sacramento y como tal y sólo como tal, se entendía en la España que se decía de los "Años triunfales". La boda debía celebrarse por la Iglesia y cumpliendo con todas las ordenanzas parroquiales. Con el cura se convenía la fecha y condiciones de la ceremonia para después publicar las amonestaciones y asistir a los cursos de orientación prematrimonial.

En ellos el sacerdote "orientaba" a los novios sobre las pautas morales a seguir por un matrimonio cristiano. En todo caso, los cursillos estaban muy lejos de seguir el ejemplo del texto de algunas Visitas del Obispo allá por el siglo XVI recogidas por J. L. Martín Viana en las que se recomienda que... "el cura no despose a ninguna persona que no supiere las cuatro oraciones de la iglesia, los artículos de la fe, los mandamientos y los pecados mortales...". Las amonestaciones se publicaban en misa mayor antes de la homilía y durante tres Domingos consecutivos. A partir de publicarse la primera amonestación, la novia exponía en la mejor habitación de la casa familiar el fruto de años de laborioso esfuerzo: el ajuar o "equipo". El equipo, generalmente compuesto por mantelerías y juegos de sábanas primorosamente bordados, se completaba con los demás enseres que la novia y su familia aportaban como dote menor al matrimonio. Amistades e invitados ofrecían a la novia la "dádiva", su regalo de boda, y pasaban por la habitación sin perder detalle de lo expuesto, unos movidos por la alegría, otros por la curiosidad un poco impertinente de saber qué "llevaba" la fulanita al matrimonio. Para unos y otros la novia, siempre atenta, ofrecía una copita de anís y unos dulces del tiempo: Alfonsinos y canelos por San Isidro, Tocinillos borrachos y azucarillos por la Peña, o unos bollos altos o bajos y unas pastas de almendra para todo el año.

LA BODA. CORRER EL HOYO

El día de la boda, en casa de la novia, todo era un bullir de nervios. La madre y las amigas ayudaban a la joven a ponerse la mantilla española y la peineta. En casa del novio familiares y amigos animaban al joven, mientras alrededor de la mesa entonaban la espera con un ten-tempié. Cuando llegaba el aviso de que la novia estaba dispuesta, madrina y novio del brazo abrían la comitiva y se encaminaban hacia la casa donde esperaba la novia. Una vez allí, si podían permitirselo, un dulzainero les alegraba con sus jotas hasta el momento en que apareciera la novia, más bella que nunca, del brazo del padrino.

A pie, novia y padrino, madrina y novio, y detrás de ellos familia y demás acompañantes se dirigían a la iglesia. Dentro del templo la ceremonia se desarrollaba de acuerdo a liturgia, con la sencillez, respeto y emoción que para todos entrañaba el momento. Ya felizmente casados, al salir de la iglesia, compartían la alegría con todos repartiendo abrazos, besos y saludos, para después, los novios y los invitados más jóvenes en edad y espíritu, ir a "correr el Hoyo de Santa Marina".

La ermita de Santa Marina está situada extramuros, al Este y sobre un altozano a la derecha del Duero; próximo a la ermita había un hoyo de unos 5 m. de diámetro (aprox.) y poco más de 1 m. de profundidad. Recorrer el camino era para la pareja ya casada eclesiásticamente, el primer tránsito social hacia su nueva situación. Llegaban hasta allí con gran algarada y tronerío, acompañados por la dulzaina y cantando alegres canciones y "galas" de boda. Parada junto al borde del hoyo, la recién casada comenzaba a correr alrededor de él cada vez más deprisa. Detrás de ella el nuevo marido intentaba atraparla con la sana intención de conseguir un beso. Animados por los gritos, las risas y la música, se iniciaba una carrera que a buen seguro expertos en etnología sabrían vincular con tradiciones seculares de origen latino o germánico (Translatio/Transito. Brautlauf/carrera de la novia) todas ellas relacionadas con ceremonias de entrega al novio de la nueva tutela sobre "su mujer". Conseguido el propósito los presentes aplaudían, lanzaban vítores a los novios y contagiados por la felicidad del momento corrían también alrededor del hoyo; quién sabe si pidiéndole a la santa el favor de poder correr en un futuro el hoyo en la procura del beso deseado.

Cumplida la tradición todos bajaban al pueblo. Otra vez allí celebraban los esponsales por palabras de presente con un buen convite. En los salones, por encima del ruido de platos y cubiertos, se escuchaba un solo grito coreado ¡Vivan los novios!

*En colaboración con Alfredo Jaso.



DOS CUENTOS DE LOBOS DE MADRIGAL DE LA VERA (CACERES)

Pedro Lahorascala

Madrigal de la Vera es una localidad del norte de Cáceres, en el vértice con otras dos provincias castellanas, Avila y Toledo, perteneciente a la comarca de La Vera de Plasencia. Asentada en las primeras estribaciones del macizo central de la sierra de Gredos, tiene una agricultura de regadío junto al río Tiétar y explotación ganadera de montaña.

Estos cuentos, y otros, nos los contaba mi padre Ciri-lo en el campo, y mi abuela Modesta alrededor de la lumbre, en el centro de una amplia sala con techo de pa-los y listones de madera ligeramente separados, por don-de escapaba el humo a la cámara alta, llamada el *sobrao* (sobrado; en otros lugares, *traje*), en donde se curaban piezas de *matanza* (emburidos, jamones), frutos secos y otros, como piñas de maíz de rosetas, ristras de pimien-tos, de ajos, de cebollas, etc.

Las notas truculentas que intercalan los relatos, no son invención mía, sino un elemento más de intensidad que introducían quienes nos los contaban, para aterrori-zarnos y tener prendida nuestra atención. Seguramente, eran más frecuentes y feroces de lo que yo recuerdo.

LA NAVAJA

Mira, hijo; me contaba mi padre que, bajando esos cerros que se descuelgan de la cumbral de Gredos, vol-viendo del paraje de la *Cereceda*, una tarde le anocheció antes de llegar a poblado. Terminaba el otoño y venía viendo a lo lejos unos lobos que le seguían. El, caballero, ellos rodeando robles y roquedos. Ora retrasándose, ora cortándole la delantera. A veces, desaparecían, creándose un vacío inquietante. Pero a medida que el crepúsculo cerraba la luz, los lobos iban haciéndose más presentes, se alejaban menos. Astutos, ojiabiertos, las orejas agu-das, el hocico en punta, como canes levantando rastros pero ya sin quitar la vista de encima. Y mi padre acom-pañaba esta descripción con una representación miméti-ca atemorizante.

Ya había oído yo más veces esta historia, cuyo final, la primera vez me pareció terrible y, después, truculento. Pero, mira que todo encierra una lección.

Mi padre iba vigilante. Ojo a ojo, lobo a lobo. Cuan-do volvió de la majada no había contado con aquello, pues no era tiempo de que los lobos bajaran tanto; de ha-berlo tenido en cuenta hubiera salido antes, sin entrete-nerse en otros menesteres que podía haber hecho al día siguiente. Ahora parecía que le faltara tiempo y la trocha

no le permitía avivar el trotecillo de la cabalgadura, que bastante tenía con sortear jarranchos y pedernales, y mi padre ladear los altos jarales a brazo y con la pierna de-fendida por zahones, pues venía atajando monte a través por el *Burreño* a *Helechoso*. Los lobos estrechaban cada vez más el cerco.

Con las últimas luces puso en práctica una medida que, si precaria, consideró surtiría el efecto apetecido, que no era otro que mantener las fieras a raya. Ató a una cuerda de bramante su navaja cabriterá, una Girodia 108, y la dejó caer a cola de caballo, lanzándola por detrás de la grupa; de forma que fuera arrastrando, con lo que al chocar con los guijarros el lomo sobresaliente de la hoja, de cuatro dedos de larga, la medida justa, fuera soltando chipas, a imitación del fuego, que es lo que más temen los animales salvajes. A ti, aquel lobo te podría tragar de un solo bocado, a mi padre partirle en dos y al caballo despanzurrarle, y allí mismo se lo comerían.

Estos detalles siempre me hacían estremecer, por su crudeza y exageración, y aunque ya me lo sabía todo, siem-pre me sobresaltaban y volvían a angustiarme cada vez.



Majada y quesera en Madrigal de la Vera (Cáceres) Enramada ("ramá") en corraliza.

No se le quitaba, no, la inquietud a mi padre. No era medroso, pero la insistencia de las fieras, ya tan abajo, lo intranquilizaba; más cuando a lo lejos comenzó a vis-lumbrar el tenue resplandor de las bombillas del pueblo y los lobos redoblaron su acoso, como temiendo perder su presa. Recortaban las distancias y merodeaban ya los talones de la caballería, que se manejaba mejor, pues ha-bía salido a camino, y más de un caracoleo o encabrita-miento tuvo que hacer para quitárselos de encima y mi

padre refrenarlo para evitar que se lanzara a galope, pues ello podría provocar el asalto de las fieras, que abrían bocas como hornos y enseñaban dientes como ruedas de molino, que a ti te tragarían como a Pulgarcito. Y nos señalaba con el dedo sucesivamente.

Por fin las luces se pusieron a tiro de piedra y el propio pueblo se dibujó al contraluz de las estrellas. Era tarde y el pueblo dormía. El camino entraba por unos primeros edificios rurales separados entre sí, por el paraje de la *Joya*. Secaderos, pajares, chozos para guardar aperos. El camino, algunos árboles alineados a la orilla y fachadas de oscuridades medrosas. Mira, hijo, que mi padre suspiró aliviado y se dispuso a parar frente a una de esas casas para encerrar y abreviar el caballo.

Sin fiarse todavía, miró a todos lados. Nada. No vio nada, no oyó nada. Ni perro, ni gato, ni niño que llorara. Esperó aún. Nada. Ni rastro de lobos. Levantó una piedad, pasándola con lentitud y cuidado por encima de la albarda con las alforjas colgadas y sujetas a la cincha, y saltó al suelo. *¡Zocolón!*

(Era el momento del horror, lo imprevisible; que se impone a la razón y pasa a la realidad).

Se le abalanzaron los lobos y se lo comieron.

¡Pero, cómo!

Al detenerse el caballo, la navaja, también quieta, se apagó y cesó el fuego de sus señales, las chispas contra los guijarros, que era lo que mantuvo a raya los lobos.

Pero lo más asombroso es que no reparábamos en que si se lo comieron, cómo era que lo contaba. Todo era cuento, y de lo que nos cuidábamos era de que cuando al final decía *¡zocolón!* no nos cogiera para comernos.

EL TIO CANO

Pues era, que le llamaban tío "Cano" porque se le volvió el pelo todo blanco de la noche a la mañana. De un pavor.

Me contaba mi padre, que volvía del pueblo de pasar la fiesta de Todos los Santos. Y volvía solo porque se había quedado a festejar a cierta casada de la que hablaban malas lenguas. Subía caballero en un asno del que se servían para acarrear leña y bajar el queso los lunes. Monte arriba, por Majalardos a Ragaera, camino de las majadas, algo somnoliento y medio chispo. El tío "Cano" era cabrero.

Pero pronto algo le sacó de la modorra y le alertó los sentidos. No lo vio, pero lo sintió. *¡Ras!* Un lobo. Paró y escuchó. Nada. *¡Ras!* *¡Por allí!* Tampoco alcanzó a ver nada. El jaral del monte era una mancha negra que subía por el horizonte al cielo agujereado de estrellas, pero sin luna. *¡Ras!* Y mi padre escenificaba el movimiento de los lobos y el temor del cabrero, traspasándolo a nosotros, que quedábamos con la respiración suspensa.

Arreó el burro y trató de tranquilizarse. No era nada. Las jaras le golpeaban los pies, colgando sin estribos. Un escalofrío le recorrió la espalda, pensando que allí mismo podía abrirse la boca de un lobo y cortar la pierna. *¡Ras!* Se le erizaron los cabellos. *¡Eh?* *¡Allí!* Le pareció ver cruzar una sombra veloz. Unos ojos fosforescentes se abrieron y apagaron de golpe. *¡Por detrás!* *¡Otro!* Un aullido cercano le heló la sangre. Iba solo y la majada estaba lejos. Tomó la navaja del bolsillo del pantalón y, sin abrirla, la apretó en el cuenco de la mano.



Chozo para ganado menor (cabra u oveja fundamentalmente). También se usan como gallinero ocasionalmente. En montes de Madrigal de la Vera (Cáceres). Falda sur de la Sierra de Gredos.

Eran lobos. No sabía cuántos. Pero le seguían. Le fueron siguiendo, cada vez más cerca. Ya podía oírlos escurrirse entre las jaras, gruñir, y mi padre gruñía, amenazar, y mi padre amenazaba, más cerca, más, *¡zas!*, y mi padre lanzaba un leroz grito zarandeándonos por los hombros al que pillaba, helándonos nuestra propia sangre a todos. "Déjalos, chacho, que los vas a hacer llorar", le regañaba mi madre. La lumbrera ardía en la sala, pero las sombras se descolgaban de las esquinas como lobos. Yo tenía miedo, todos teníamos miedo. Tío "Cano" tenía miedo; que entonces todavía no le llamaban "Cano", sino "Saltaníos" (salta nidos), a lo que se dedicaba en sus largos días de cabrero por entre jaras y breñas, madroños y espinos, alisos y castaños.

Me contaba mi padre que tío "Cano" iba pensando en cómo salir de aquel aprieto, pues no se sentía muy seguro a lomos del jumento. El burro también daba señales de tener miedo y podía empavorecer, lo que vendría a dar con él en tierra, quedando a merced de los lobos. Sacó el mechero y comenzó a hacerle soltar chispas con una mano, mientras con la otra apretaba la navaja.

¡Rasca! Uno de los lobos tiró una dentellada al corvejón del burro. El animal lanzó un entrecorte de rebuzno. *¡Zumba!* Otro le saltó por delante. El asno se había parado. Aquello tomaba tintes de tragedia. Tomó una decisión y saltó al suelo corriendo hacia un roble solitario que se recortaba contra la tenue claridad del cielo. El bu-

ro salió de *estampía* y los lobos se quedaron desorientados dando vueltas alrededor de sus propios rabos. Finalmente, enfilaron el roble y lo rodearon.

Tío "Cano", bien acostumbrado a escalar árboles, tanto en busca de nidos como para cortar, con un hachacilla que llevaba siempre terciada en el zurrón, ramas frondosas para comer el ganado en verano cuando la hierba fresca escascaba, se había subido con presteza y acomodado en una horcadura, dispuesto a pasar allí el resto de la noche si los lobos persistían en el acoso. Tirítataba de frío y de miedo, seguramente, acurrucado como podía en la pelliza de media pierna con la que se abrigaba, sentado sobre las piernas metidas debajo del culo.

Las fieras no cesaban en sus idas y venidas, rodeaban el tronco constantemente y asaltaban la horcadura, algo baja, pues el roble era joven, pero suficiente. Tío "Cano" casi sentía el aliento de aquellas fauces que le amenazaban, el fuego de los ojos, el chocar de los dientes, los gruñidos, el jadeo incesante; todo, en la oscura noche y la soledad circundante, lo que le mantenía la piel sarpullida, los nervios en tiritera, los pelos de punta y la angustia atenazándole la garganta. Hasta que los lobos comenzaron a escarbar junto al tronco.

¡Aiiúúú...! ¡Aiiúúú...! Mi padre nos traspasaba el miedo de tío "Cano" y nos hacía castañear los dientes de pavor. Tío "Cano" terminó de empavorecer, cuando comprendió lo que pretendían los lobos: socavar las raíces del árbol y hacerlo caer; a lo que se dedicaron insistentemente algunos de ellos, mientras los otros merodeaban ululando. En tanto, la noche seguía avanzando; pero no llegaba la luz del día, que viniera a poner fin a la tragedia del atribulado cabrero.

En éstas, le pareció que el roble se había movido. ¿Eh? No. Quedó con la respiración en suspenso, y no. Pero, sí, ¡otra vez! se había bamboleado. Rasca, rasca, oía el escarbar de los lobos. La copa del árbol se inclinaba, hacía un movimiento de vaivén, se detenía. Así, otra hora y otra. Toda la noche esperando el día. Al fin, un lado del horizonte se rayó, parecía querer separar las dos oscuridades; la de arriba, con las estrellas ya empalidecidas y la de abajo, con los jarales por aclarar. Oyó, le pareció oír, que las raíces del roble que le sostenían, sonaban, se rajaban, se caía. ¡Cielos! Ya se veía el horizonte lejano, ya la luz, ya la luz, cuando... ¡Zas! ¡Al suelo! Perdida la razón por el pavor, oyó el derrumbe como un bronco escopetazo y perdió el sentido. Era el momento del horror. La narración se cortaba aquí y se esperaba angustiosamente lo imprevisible; eso que se impone a la razón y pasa a la realidad.

—¡Se lo comieron!!

No. Habían llegado otros cabreros de las *Vegas del Horno* y a tiros dispersaron los lobos, cuando ya se abalanzaban a la copa caída y envuelta en un terragnero. Durante toda la madrugada habían estado oyendo el espaciado pero persistente ulular, y con el primer albor salieron con escopetas y palos para ahuyentar a las fieras, sin pensar en el tío "Cano", al que supusieron que la noche se le había echado encima estando en el pueblo y se habría quedado allí a esperar el día.

Le descubrieron rodeado de las ramas y lo recogieron, sacudiéndole las ropas y la cabeza, de lo que quedaron sumamente sorprendidos al verla toda blanca, encanecida, cuando era un mocetón cumplido, con el pelo más negro que la boca de un lobo.



El objetivo primordial del presente trabajo es rendir un pequeño homenaje a una persona verdaderamente entrañable, profundamente enamorada de la canción tradicional, que ha realizado una labor ejemplar en el terreno de la recopilación y divulgación de canciones y bailes en la comarca de l'Alcoiá (Alicante), pero cuyos trabajos, al permanecer inéditos, son desconocidos por todos los interesados en este campo. Su extremada humildad le ha llevado a lo largo de toda su vida a no preocuparse por la edición de sus obras, y a pasar completamente desapercibida.

Teresa Matarredona nació en Alcoy el 1 de noviembre de 1904. Los primeros contactos con la música los tuvo en su propia casa, donde se respiraba afición por este noble arte, estudiando solfeo con su abuelo Eduardo Matarredona Pastor, violonchelista, y piano con su madre. Posteriormente, en su ciudad natal, perfeccionó los estudios de este instrumento con los pianistas Rafael Casasempere Moltó (1873-1942) y con su hermano Gregorio Casasempere Moltó (1875-1948), finalizando con éste último la carrera y los estudios de armonía hasta el tercer curso. Ante la inminente muerte de su padre, quien durante su vida no vio con muy buenos ojos que continuara realizando estudios de música en el Conservatorio de Música y Declamación de Valencia, le planteó a su madre convalidar todos los estudios de música que había hecho, la cual accedió incluso a que continuara estudiando en ese centro, su verdadera ilusión en este período de su vida. En el Conservatorio de Valencia realizó el cuarto curso de armonía siendo alumna oficial del catedrático Pedro Sosa López (1887-1953), pero recibiendo a su vez, desde entonces, consejos del catedrático de composición Jacinto Ruiz Manzanares, quien al descubrir sus dotes artísticas se prestó a dirigir las y moldearlas durante su desarrollo. Con él posteriormente estudiaría composición hasta cuarto curso, obteniendo brillantes calificaciones. Fueron años de duro trabajo que Teresa supo llevar con gran tenacidad y con su verdadera obstinación. La guerra civil, esa horrible pesadilla, truncó momentáneamente sus estudios, pues con ella vino la supresión de toda actividad académica en el centro. Una vez terminada la guerra, emprendió de nuevo con entusiasmo el estudio de la música, esta vez con Manuel Palau Boix (1893-1967), ya que su anterior profesor había muerto durante la guerra. Bajo su dirección ter-

minó la composición y trabajó a su vez en los cursos de Folklore y de Canto Gregoriano. Una vez terminada la carrera de composición, con notable brillantez, continuó estudiando con el mencionado maestro, quien perfeccionó su educación artística, infundiendo en ella particularmente un amor por la tradición musical popular. Teresa Matarredona se convirtió muy pronto en una de sus discipulas más laboriosas y aventajadas, llegando a tener por ella un gran aprecio y estima. En una ocasión le dijo: "Vd. lo que tiene que llevar a cabo es hacer hablar a la prensa", a lo que ella contestó humildemente: "Mire, que triunfen els altres". Efectivamente, Teresa Matarredona, sin descuidar el terreno compositivo, ha preferido dedicar su vida a sus dos verdaderas pasiones: la enseñanza musical, llegando a preparar notables músicos, y el terreno folklórico, campo éste último en el que ha recopilado un número considerable de canciones y bailes populares de su tierra.

Durante la década de los años cuarenta emprendió en Alcoy su andadura pedagógica, tras obtener en 1946 el título de primera categoría de Instructores de Música, realizando una excelente labor pedagógica entre 1946 y 1950 en el Instituto de Enseñanza Media de Alcoy, donde fue profesora de música. A lo largo de toda su vida ha preparado a numerosos discípulos en las enseñanzas de piano, análisis, contrapunto y armonía, su especialidad preferida, de la que es maestra consumada. Su principal objetivo ha sido hacer de esta disciplina, considerada árida e innecesaria por gran parte del alumnado, una materia agradable. En sus clases, cuidadas al cien por cien, se ha encargado de presentarla al alumno de una manera sencilla y atractiva, y sobre todo ha intentado en todo momento "quitar el pánico a la armonía, asignatura que la mayoría se contentaban en estudiar lo preciso", según sus propias afirmaciones. De entre sus numerosos discípulos, la mayor parte de ellos alcoyanos, hay que destacar a Milagro Botella, Consuelo Colomer, pianista residente en EE.UU. y autora de varios libros de técnica e interpretación pianística ("Sobre interpretación pianística", "Sobre técnica pianística"), Juan Miguel Carbonell Gras, catedrático de solfeo en el Conservatorio Superior de Música de Valencia, Juan Bravo, y quien escribe estas líneas, pianista e investigador. De todos ellos el único que se ha dedicado al campo folklórico he sido yo; en realidad, se lo debo a ella, pues, poco a poco,

supo infiltrar profundamente en mí ese amor por la cultura tradicional.

Desafortunadamente como compositora son muy pocas las obras que nos deja escritas, casi todas ellas para coro a cappella, la mayor parte de las cuales han sido premiadas en diversos concursos. Teresa Matarredona está en posesión de cuatro premios, el primero de ellos lo obtuvo en 1942 y es el premio "El día de la canción", concurso celebrado en Alicante en marzo de 1942, al que presentó una bella y emotiva canción de cuna para canto y piano titulada precisamente "Canço de broçol", en la que se evidencia su delicada musicalidad. Otro lied por el que la autora siente especial predilección es "Filla del meu cor", escrito al igual que el anterior para voz y piano.

La coyuntura de aquella época ofrecía muy pocas posibilidades a los jóvenes creadores. El régimen franquista tan pronto acabada la guerra civil recurrió a enaltecer el patriotismo nacional, impulsando, organizando y fomentando diversos concursos nacionales de coros y danzas en la Sección Femenina y en Educación y Descanso, siendo uno de los más celebres el del Día de la Canción. El objetivo, pues, de la política cultural del estado era exaltar el sentimiento de colectividad étnica, motivo de orgullo patriótico, de ahí que potenciara el folklore desde todos los puntos de vista. A Aráiz Martínez, musicólogo zaragozano, resaltaba así este panorama en 1944: "Hacia falta restaurar y reorganizar las tradiciones populares de España como representación genuina que eran de su espíritu nacional" (1). Este autor en el mismo trabajo nos retrata notoriamente aquella situación: "Diferentes son los impulsos y las orientaciones que tienden hoy a reorganizar el folklore de España como un signo de unidad en sus múltiples aspectos. Varios organismos de la Falange, con misión propia para esta finalidad, son los que más se distinguen en tal proceso. Concursos nacionales de coros y danzas en la Sección Femenina y en Educación y Descanso; fomento de canciones y de bailes escolares que culminan en la celebración de la fiesta de la Victoria con el Día de la Canción, práctica coral y coreográfica en los componentes del frente de Juventudes, son permanente y eficaz muestra de lo que interesa la cuestión racial en el fomento educativo y de pre-formación que para la juventud española se procura" (2).

Los otros tres premios los obtuvo en los Juegos Florales de Valencia, organizados por la sociedad "Lo Rat Penat". En 1945 fue premiada "La canço de les fogueres", una canción coral con texto valenciano y tema folklórico que alude a las fiestas de San Juan de Alicante; en 1947 fue galardonada su "Ball de Velles", sobre un tema fol-

klórico típicamente alcoyano un tanto olvidado, y finalmente en 1961 fue premiada la "Canço de la Festa d'Alcoi", con letra del poeta alcoyano Joan Valls Jordá, y en la que se aluden igualmente algunos motivos folklóricos de su tierra. En este último galardón recibido, que he tenido oportunidad de ver a lo largo de muchos años, reza: "Lo Rat Penat Jocs Florals 1961. A la millor composició coral. Teresa Matarredona Aznar".

A parte de estas obras ha escrito otras de carácter religioso, entre las que destacan varios motetes y una Misa en honor a la Stma. Virgen. Como habrán podido comprobar, donde mejor se desenvuelve esta compositora es en el terreno de las obras corales. Su obra profana hunde sus raíces en la tradición popular, presentando una fuerte inspiración folklórica, y es que Teresa Matarredona aprovecha en todo momento al escribir sus composiciones, las posibilidades que la música de su tierra le ofrece. Los motivos folklóricos son utilizados aquí y allá, adaptados en unas ocasiones, citados literalmente en otras.

Otros compositores alcoyanos de su generación y de la generación anterior que junto a ella han sentido una especial atracción por el folklore de su tierra, llegando incluso a plasmarlo en sus composiciones son, entre otros, Gonzalo Barrachina Sellés (1869-1916) en sus "Ecos levantinos", suite en cuatro tiempos ("En la romería", "Cuento de niños", "En la trilla" y "Danza característica") para orquesta, aunque también transcrita por José Carbonell García para orquesta de pulso y púa (3), y en sus "Ecos de Levante", pasodoble para banda que también presenta un buen acopio de temas folklóricos de su región, José María Navarro en su "Fantasía sobre un tema popular", escrita en 1920 para orquesta de pulso y púa (4), y el doctor Gonzalo Blanes Colomer (1882-1963) en el poema sinfónico "El fandango de Barchell, motivo sinfónico sobre una danza alcoyana", compuesto en marzo de 1928 para orquesta y transcrito por él mismo para orquesta de pulso y púa en 1962 (5). Todo el amor que sintieron estos compositores por su tierra aparece plasmado en estas obras, escritas sobre aires folklóricos populares de la comarca de l'Alcoiá. Las obras de Teresa Matarredona entran también dentro de esta corriente regionalista que se remonta a las postrimerías del siglo pasado.

No obstante Teresa Matarredona merece ser recordada por su faceta como recopiladora, pues ha dedicado especial atención al estudio del folklore musical alcoyano. Fue precisamente su profesor Manuel Palau (6) quien consiguió atraer su atención hacia este campo, especialidad en la que realizó varios trabajos dedicados particularmente a su tierra, Alcoy. Siendo M. Palau director del

Instituto Valenciano de Musicología, la Diputación de Valencia becó su trabajo de campo centrado en Alcoy. En las labores de recolección de materiales de tradición oral, T. Matarredona recogió una importante cantidad de melodías y bailes, algunas de las cuales las aprovecharía para sus composiciones. Esta investigación, modélica, permanece hoy en día inédita, estando depositada en los archivos del Instituto Valenciano de Musicología. La modestia y la bondad de Teresa Matarredona han hecho que jamás se preocupara por la publicación de este trabajo, y si por ejemplo el Ayuntamiento de Alcoy no ha tenido la gentileza de editar este estudio es, en parte, porque desconoce su existencia, motivo por el cual invito desde aquí a esa institución a que financie su rápida publicación. Solamente algunas de estas melodías aparecieron publicadas en el Cancionero Popular de la Sección Femenina, de ahí que sea urgente su edición íntegra.

Por estas mismas fechas recopiló materiales de música tradicional de su región para el Instituto Español de Musicología (7), hoy Unidad Estructural de Investigación, en cuyos archivos de la sección de Etnomusicología se hallan depositados (8).

Teresa Matarredona ha demostrado a lo largo de toda su vida un enorme interés por recuperar la cultura popular en vías de desaparición, realizando una meritoria labor divulgadora, convirtiéndose en una importante asesora musical de la Sección Femenina, a pesar de que no tuvo nada que ver con el régimen anterior, pues la política ha estado y está muy lejos de su mente. El amor entrañable que siente por lo popular de su tierra, unido a su ferviente alcoyanidad, le ha llevado a dedicar plena atención a este campo. Este interés además aparece reflejado en sus composiciones, las cuales como hemos indicado son de fuerte inspiración folklórica, una de ellas está dedicada a la entrañable fiesta de moros y cristianos de Alcoy (9).

Nadie conoce tan a fondo el folklore de Alcoy y su comarca como ella, y es que, en realidad, a él ha dedicado su vida.

No quisiera terminar esta breve aportación sin hacer alusión a su personalidad como ser humano. Quienes nos hemos formado con ella hemos tenido la gran fortuna de conocer a la criatura más agradable que pueda uno imaginarse, que a parte de ser una excelente y culta pedagoga, presenta unas condiciones incomparables: bondadosa, dispuesta a hacer favores en cualquier momento y sobre todo humilde. Lo que siempre me ha llamado la atención de ella ha sido su modestia, la cual raya en lo inverosímil, y su capacidad de trabajo, T. Matarredona es una trabajadora

empedernida, y no hay materia que escape a su curiosa investigación. La afición por el arte de Teresa Matarredona es admirable, no contentándose con la música, estudió pintura, llegando a realizar algunos cuadros, la mayor parte de ellos inspirados en la naturaleza.

Su extremada religiosidad, católica, ha hecho que a lo largo de su vida haya profundizado en el conocimiento y estudio del órgano, instrumento que ha dominado a la perfección. No hay parroquia alcoyana con este instrumento que sus marnos no hayan acariciado.

A sus 91 años, con plenas facultades intelectuales, continúa explorando el terreno musical, estudiando y, sobre todo, tal y como me ha manifestado, aprendiendo. A su edad todavía busca la perfección, adquiriendo cada día que transcurre más y más conocimientos. Sirvan, pues, estas líneas como un pequeño homenaje a su infatigable labor, todavía por reconocer. Quienes nos hemos formado bajo tu dirección, te agradecemos el habernos guiado a la vez "per el camí i per la travessa".

NOTAS

(1) ARAIZ MARTINEZ, A. "Lo que es y lo que puede ser la jota", en *Anales de la escuela oficial de jota aragonesa*, 3. 1944.

(2) *Ibidem*.

(3) PICO PASCUAL, M. A.: *Catálogo de los fondos manuscritos de la Orquesta Sinfónica de pulso y púa. La Armónica Alcoyana*, inédito, 1985. III-288 pg. Esta obra presenta la siguiente plantilla: Bandurria 1.^a A, 1.^a B, 2.^a A, 2.^a B, 3.^a A, 3.^a B, Sonora 1.^a, 2.^a, Laúd 1.^a A, 1.^a B, 2.^a A, 2.^a B, 3.^a A, 3.^a B, Guitara 1.^a, 2.^a, Archilaúd 1.^a, 2.^a, Guitara baja 1.^a, 2.^a, Tímboles, Triángulo y pandereta.

(4) PICO PASCUAL, M. A.: *Op. cit.* La plantilla instrumental de esta obra es la siguiente: Mandolina, Bandurria, Sonora, Laúd, Mandola, Guitara, 1.^a, 2.^a, Guitara baja y Archilaúd.

(5) PICO PASCUAL, M. A.: *Op. cit.* La plantilla instrumental que escogió el doctor Blanes para su obra es la siguiente: Bandurria, Bandurria principal, 1.^a, 2.^a, 3.^a, Sonora 1.^a, 2.^a, Laúd principal, 1.^a, 2.^a, 3.^a, Archilaúd 1.^a, 2.^a, Guitara principal, 1.^a, 2.^a, Guitara baja, Tímboles y Caja.

(6) Conviene recordar que Manuel Palau, compositor que empleó y se inspiró en buena parte de sus obras en el folklore peninsular, especialmente el mediterráneo, sintió especial predilección por este terreno, él mismo llevó a cabo diversas misiones recolectoras de búsqueda y publicó varios libritos acerca de este tema. Su primer estudio fue *Elementos folklóricos de la música valenciana*, Ed. Tipografía moderna, Valencia, 1925, premiado en los Juegos Florales de "Lo Rat Penat" de 1924. Más tarde, entre 1944 y 1945 llevó a cabo un trabajo de campo para la Sección de Folklore del recién creado Instituto Español de Musicología, recopilando 60 canciones entre los pueblos de Canals (Valencia), Altea Pago y Elche (Alicante). En 1947 colaboró en la obra *Del Cancionero popu-*

lar de antaño, cuyo texto literario corrió a cargo de Ratael Gayano Lluch, haciéndose cargo él de las transcripciones musicales (Imprenta Domenech, Valencia, 1947), y finalmente publicó *Tuconil nas cançones de la Provincia de Alicante*, Valencia, Instituto Valenciano de Musicología, Institución Alfons el Magnànim, 1954. Pero lo más importante de todo es que supo crear escuela; entre sus alumnos dedicados a este campo de investigación destacan Ricardo Olmos, M.^a Teresa Oller, Teresa Matarredona y Dolores Sandra, y de una generación más tardía Salvador Seguí.

(7) Sobre la labor que la sección de folklore musical del Instituto Español de Musicología realizó desde su fundación en 1943 en

la recopilación de documentos sobre la música tradicional española, consúltese L. CALVO: *La etnomusicología en el Instituto Español de Musicología*, Anuario Musical, n.º 44, Barcelona, 1989.

(8) CRIVILLE BARGALLO, J.: *La etnomusicología, sus criterios e investigaciones. Necesidad de esta disciplina en el tratamiento de toda música de tradición oral* en I Congreso Nacional de Musicología, Institución Fernando el Católico, Diputación de Zaragoza, 1981, nota 24.

(9) La "Canço de la festa d'Alcoi" fue publicada en el programa de Fiestas de moros i cristians de Alcoi de 1962.





Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular
VALLADOLID